

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

LA SECTA DEL DRAGON BICEFALO


COLECCION
¡KIAI!
HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

12. — *El «golpe» de los 200 millones,* Clark Carrados

13. — *Con los pies por delante,* Lou Carrigan

14. — *Mercenarios del terror,* Ralph Barby

15. — *La máscara* Kendo, Curtis Garland.

16. — *Simplemente,* budoka, Lou Carrigan

RALPH BARBY

LA SECTA DEL DRAGÓN BICÉFALO

(M. P. SAVAGE-5)

Colección ¡KIAI! n.° 17
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 6.405 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1977

Documentación gráfica para la cubierta
cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Bajo la luz de un sol rojo y bello, rezumando vida en la amanecida, se estaban celebrando unos combates de Artes Marciales en el gran y hermoso *dojo* de Liberty Garden, una pequeña universidad casi monástica fundada y sostenida por Moses Pacific Savage.

Allí, jóvenes de ambos sexos y de todas las razas y creencias, se educaban para ser ciudadanos del mundo, ciudadanos que nada tuvieran que ver con la corrupción de los gobiernos, capitalismos, religiones desvirtuadas, políticas pseudocomunistas, muchachos que crecían lejos del hedor de urbes podridas donde los hombres se apiñaban para conseguir más y más poder y consumismos, aplastando a su prójimo, desoyendo palabras que hablaban de hermandad e igualdad y que sólo eran eso, palabras, mientras las armas tronaban contra los que exigían los derechos más simples, más humanos.

Los escogidos por M. P. Savage no estaban allí para educarse como milicianos para una guerra. No eran revolucionarios, sino seres puros de mente y cuerpo, jóvenes educados en la paz pero preparados para defenderse y defender a quienes vieran oprimidos por la injusticia, la codicia y el sadismo de los poderosos.

Vestido con su *judogi* color violeta, con la flor del pensamiento bordada en oro a su espalda, Moses P. Savage se hallaba junto al Sensei[1] máxima autoridad de Liberty Garden y que ahora presidía en el *joseki* aquella competición femenina de Artes Marciales.

En el gran *tatami,* en cuyo centro estaba estampada la flor del cerezo, se sucedían los combates entre las muchachas, con un gran respeto entre las adversarias.

Las jóvenes luchaban con una limpieza digna de verdaderas maestras. Todas ellas eran cinturones negros con varios dan en sus respectivas especialidades y demostraban poseer un gran dominio de sus cuerpos bellos y elásticos, semejantes a los de los felinos, transpirando armonía.

Las vencedoras en cada una de las respectivas técnicas recibían como premio un aplauso cerrado, sin gritos que pudieran humillar a las derrotadas que también recibían aplausos, mientras vencedoras y vencidas se saludaban ceremoniosamente.

Las cuatro disciplinas que habían entrado en competición habían sido el *Kung Fu,* el *Tae Kwon Do,* el *Judo* y el *Bo-Jutsu,* cuatro Artes muy diferenciadas entre sí, especialmente el *Kung Fu* que, incluso, tenía una mentalidad distinta a la de las otras Artes Marciales Orientales.

Todos se pusieron en pie en el gran *dojo* de Liberty Garden, bajo el cielo azul y limpio, con un sol ya brillante, cuando subieron al amplio *tatami* las cuatro vencedoras.

—Françoise, vencedora en el arte del *Judo* —anunció el Sensei con su voz profunda y paternal.

Hubo una ovación para la bellísima Françoise, una chica muy estilizada, rubia, de ojos claramente azules nacida en Marsella, de cuyos ghettos pudo sacarla el mismísimo M. P. Savage.

—Adelaida, vencedora en *Tae Kwon Do.*

Nuevos aplausos, en esta ocasión dedicados a una negra flexible y bella que saltaba por el aire con la elasticidad de una pantera y lanzaba un *kiai* desgarrador, que sobrecogía.

Adelaida había nacido en Jamaica, aunque M. P. Savage la había encontrado en Miami, Estados Unidos.

—Korai, vencedora en *Bo-Jutsu* —siguió nombrando el Sensei.

La dulce coreana no era muy alta, resultaba bajita comparada con sus compañeras de victoria. Sus ojillos pequeños eran muy vivaces y sonrientes. Había demostrado una gran maestría dominando el *Tam-bo,* el bastón corto que medía unos cincuenta centímetros y equivalía a una porra de madera como las que podían utilizar los miembros de la Military Pólice norteamericana o policías de muchos países.

Era casi imposible acercarse a Korai para atacarla cuando la joven estaba armada con su *Tam-bo.*

—Vanessa, vencedora de *Karate-Do.*

La bella rumana, de cabello negro y ojos profundamente verdes, saludó agradecida, correspondiendo a los aplausos.

En aquel momento recordó que, con sólo catorce años, había caído en un nido de drogadictos en Francfort, pero se había tropezado con Moses Pacific Savage en un tren donde ella viajaba sin billete y se escondía del inspector que parecía estar buscándola.

Moses Pacific Savage subió al *tatami* del *dojo* y tras saludar ceremoniosamente al estilo oriental a las cuatro victoriosas, les estrechó la mano una a una al tiempo que las besaba en las mejillas.

Aquel día, el almuerzo se sirvió en la gran mesa circular que había sobre la hierba, un círculo de casi cien comensales, maestros y alumnos de la vida, muchachos y muchachas marginados por las sociedades del mundo y recuperados por M. P. Savage. Alegría, carcajadas sanas, rostros limpios delante y dentro de sus cráneos.

Comieron de los alimentos que ellos mismos cultivaban con sus propias manos en las huertas del extenso Liberty Garden, de lo que habían pescado en la costa.

Nadie sabía exactamente dónde estaba Liberty Garden, por eso allí había paz y verdadero amor al prójimo, un amor que luego tenía la misión de esparcir por el mundo, sin egoísmos y con verdadera entrega hacia los demás.

Por la tarde, Françoise, Korai, Adelaida y Vanessa, con sus pequeñas valijas, pues apenas tenían nada particular, ya que habían

sido educadas en Liberty Garden bajo el principio básico de la sencillez y el rechazo del consumo por el consumo, subieron al *Spirit of Samurai.*

—¿Preparadas? —preguntó Savage tras cerrar la portezuela de la *Piper Jet.* El pequeño avión a reacción, estaba listo.

Las jóvenes asintieron con sus respectivas cabezas y Savage puso en marcha los motores que comenzaron a silbar.

Savage saludó con la mano al Sensei que junto con los otros maestros movían sus manos como despedida.

Las muchachas también saludaron y el *Spirit of Samurai* comenzó a tomar velocidad sobre la improvisada pista que tenía un tapiz de hierba, aquella hierba limpia y feraz que crecía por todo Liberty Garden.

La *Piper Jet* se elevó sin dificultades, pilotada por Savage, que indicó:

—¡Arriba!

—Corred las cortinillas, las ventanas deben de quedar cubiertas.

Aquella norma Savage la tomaba con todos, por más confianza que tuviera con los pasajeros que llevaba en su pequeño reactor. No se sabía dónde podía haber alguien que le traicionase; no se sabía cuándo y cómo podía aparecer un Judas y para que los enemigos de Liberty Garden ignorasen su ubicación, tomaba sus precauciones que nunca consideraba excesivas. Un descuido podía resultar muy peligroso.

—Podéis echar una dormidita, tenemos un largo viaje por delante.

Desde sus asientos, las chicas sólo divisaban el cielo azul por el cristal del parabrisas. No veían lo que había debajo de ellas ni a los costados, por eso no pudieron ver el océano, magnífico y majestuoso.

Savage fue colocando *cassettes* musicales, piezas sin duda alguna orientales y otras de grandes autores de la música culta occidental.

Las cuatro sabían que su destino era New York, donde se iba a celebrar el Festival de Artes Marciales

Orientales para *Budokas* Femeninas, en el que ellas estaban especialmente invitadas. Allí acudirían varios grupos pero muy seleccionados, y el festival estaba patrocinado por las agentes femeninas de los distintos cuerpos policiales de los Estados Unidos.

Allí acudirían agentes femeninos del FBI, de la CIA, agentes de las policías de ciudades tan importantes como New York, Los Ángeles, Chicago y San Francisco, agentes estatales y otras más, pero todas sin uniforme, para que nadie pudiera identificarlas como pertenecientes a un cuerpo u otro.

A Savage, que era muy conocido en el mundo de las policías y el reporterismo como el *Star-Budoka,* le habían pasado la invitación, pues

se sabía de su Liberty Garden.

Savage había recogido la invitación y pedido al Sensei que preparase unas competiciones para elegir las mejores muchachas que luego ya no regresarían a Liberty Garden. Pasarían a vivir sus respectivas vidas cuando el festival terminase, pero viviendo con el espíritu que se les había inculcado.

Las cuatro estaban preparadas para ejercer varias profesiones y Savage se había ocupado de que tuvieran sus respectivas documentaciones en perfecto orden.

No era tan importante que vencieran o no en el festival; lo importante era que dieran una demostración de su bien hacer, de su Arte y de su espíritu. Después, el propio Savage les proporcionaría cartas de trabajo en los países donde ellas eligieran vivir.

Todo iba perfectamente; mas en aquellos momentos ignoraban que la mercenaria Secta del Dragón Bicéfalo les aguardaba al acecho.

Su objetivo era destruir a Savage y con él, a Liberty Garden y todo lo que ello significaba.

Los grandes déspotas, demagogos, mañosos y patriarcas capitalistas supuestamente buenos y filantrópicos, pagaban su buen oro a la secta mercenaria para que terminase con el incómodo y molesto *free-lance* del mundo del periodismo internacional que era Moses P. Savage, el brillante *budoka* que no participaba en competición oficial alguna, pero que de cuando en cuando, daba alguna exhibición de las Artes Marciales en las que era ciertamente un maestro.

Savage pidió pista de aterrizaje a la torre de control del aeropuerto deportivo de Kingston, unas cien millas al norte de la ciudad de New York.

Había comenzado a oscurecer y se encendieron las hileras de focos. El *Spirit of Samurai,* pilotado hábilmente por Savage, fue perdiendo altura en busca del cemento.

—Abrocharos los cinturones, hemos llegado —dijo a las chicas.

Las cuatro *budokas* se abrocharon los cinturones y se escuchó el zumbido de las ruedas al tocar suelo. Después, el avión deceleró hasta detenerse. Apareció un tractor de pista que enganchó a la *Piper Jet* con un cable, arrastrándola hasta el hangar. Allí descendieron, frente al control de la policía de Aduana.

—¿Cuál es el origen del viaje? —interrogó el oficial de la policía.

—Venimos de un aeropuerto privado de Grecia.

—¿Cuál aeropuerto privado? —insistió el oficial, receloso.

—Un aeropuerto que hay en una de las islas griegas; no serviría de nada darle el nombre de la isla.

—De todos modos, queremos saber el nombre de la isla y ver si

toda la documentación oficial y los certificados médicos están correctos. Podrían traer consigo alguna enfermedad pandémica,

—Como usted diga, oficial.

Savage, acostumbrado a viajar internacionalmente, se las sabía todas y apabulló al oficial mostrándole documentaciones, las suyas propias y las de las jóvenes que iban a participar en el Festival de Artes Marciales para *Budokas* Femeninas, patrocinado por la Agrupación de Agentes Policiales Femeninos Norteamericanos.

Cuando el oficial oyó esto último, se deshizo en sonrisas y excusas.

—¡Sa-Sa-Savage! —interpeló la voz que siempre se entrecortaba.

—¡Ricky!

Las cuatro féminas conocían a Ricky, había estado en varias ocasiones en Liberty Garden, junto con el propio Savage.

Ricky era amistoso y risueño, hasta cariñoso, pero debía tener cuidado con la fuerza que emanaba de sus dos metros diez centímetros de estatura y sus ciento ochenta kilos de peso.

Si según muchos americanos, un japonés se parecía a otro japonés como un negro a otro negro, Ricky se diferenciaba de los otros japoneses como podía diferenciarse Cassius Clay del cantante Sammy Davis jr.

Si había un japonés singular por su aspecto, ése era Ricky.

La pequeña Korai saltó en el aire y sus pies fueron a parar sobre la palma de la mano derecha de Ricky que la elevó en el aire sin problema alguno mientras se reía.

Ricky extendió su brazo zurdo en horizontal y Adelaida lo saltó con limpieza mientras Françoise le hacía una presa de estrangulamiento de *Judo,* sujetándolo por la espalda, y Vanessa avanzaba hacia él moviendo sus manos y emitiendo como gorjeos de pajarillo en el más puro estilo de los monjes de Shaolin, practicando el *Kung-Fu.* Era maestra en *Karate-Do,* pero como *hobby* también practicaba *Kung-Fu.*

Vanessa le marcó unos golpes sin aplicarlos con la contundencia de que podía ser capaz mientras Adelaida saltaba de nuevo lanzando un simulado *Mae Tobi Geri* de *Karate,* con su pie, por encima del brazo de Ricky que seguía en horizontal.

Los agentes de la aduana aplaudieron espontáneamente lo que para ellos fue casi una actuación circense.

Savage aplaudió de una forma especial y las cuatro féminas abrazaron a Ricky y lo besuquearon mientras éste reía feliz, cayéndosele la baba como quien dice. Poco después, abría las portezuelas posteriores del poderoso automóvil “Daymio”, de seis ruedas y tres ejes, con siete litros de cilindrada.

Ricky se acomodó en su butaca giratoria después de almacenar

los equipajes. Cerró las portezuelas traseras, hizo girar el sillón en que se había acomodado y quedó sentado en el sentido de la marcha.

Las chicas se acomodaron en los asientos intermedios situados entre el butacón giratorio de Ricky y los asientos delanteros donde se acomodaron la rumana Vanessa y M. P. Savage, que se encargó de la conducción del poderoso automóvil.

Rodo por el asfalto a fuerte velocidad, pero sin superar las cifras tope marcadas por la ley, respetando todas las señales.

Savage, con su mentalidad y espíritu de verdadero *budoka,* respetaba las leyes sin esfuerzo, con naturalidad, y le daban pena aquellos que alardeaban de tener en su haber muchas infracciones de tráfico, lo mismo que a otro nivel sentía lástima por aquellos que se vanagloriaban de burlar a la ley para lucrarse. Y a estos últimos, si eran más que enanos, Savage los combatía, descubriendo sus lacras a la opinión pública a través de los medios informativos, prensa, radio y televisión.

Aquellas denuncias que Savage conseguía con gran esfuerzo y jugándose siempre la vida, no siempre lograban destruir o encerrar al personaje en cuestión, pero a partir del momento en que era denunciado, la gente ya sabía quién y cómo era el denunciado y de qué era capaz, por lo que todos lo rechazaban si no se le podía encerrar, evitando los negocios y las relaciones públicas con el que había quedado marcado por la denuncia.

Savage, lo mismo que Ricky, estaban contentos y sosegados.

En aquella ocasión, no iban a tratar de obtener un reportaje —denuncia contra nadie, sólo llevaban al grupo femenino para que participara en el festival—, competición de Artes Marciales.

Escribirían sobre el festival y luego venderían el reportaje a alguna revista de gran tirada mundial. Era estupendo que la mujer cobrase conciencia de saber defenderse y luchar por sus causas y ninguna lucha mejor que la realizada a través de las Artes que cuidaban tanto el cuerpo como la mente y enseñaban a luchar sin odio.

Sí, Savage sabía que se podía escribir mucho sobre las *budokas,* mujeres seguras de sí mismas y que no se dejarían avasallar por hombres o grupos.

Aquel viaje no tendría complicaciones, aunque tomaban las precauciones habituales para no tener tropiezos desagradables. Savage y lo que él representaba, tenía demasiados enemigos en un planeta de sociedades corrompidas.

Lo que Savage ignoraba, y con él sus acompañantes, en aquellos momentos en que por la autopista se adentraba en las entrañas del gran New York, la mastodóntica urbe de los rascacielos, era que los mercenarios de la Secta del Dragón Bicéfalo les aguardaban para

asestarles el golpe de gracia y terminar así, de una vez por todas, con Moses Pacific Savage.

Al fin, quedaron engullidos dentro de New York.

El "Daymio" se detuvo en el parking subterráneo del Cherry Hotel.

—Bien, chicas, subiremos a conserjería, tomaremos nuestras habitaciones y dentro de una hora nos encontraremos en el restaurante para hacer un poco de cena de medianoche:

Las cuatro asintieron.

En conserjería no hubo problemas. Savage tenía reservadas tres habitaciones dobles. Korai y Françoise quedaron en una, Adelaida y Vanessa en otra y en la tercera se aposentaron Ricky y el propio Savage.

Este encargó que cambiaran la cama de Ricky, para lo cual hubo sus problemas, y el japonés optó por pedir que sacaran la cama y le trajeran una alfombra limpia y gruesa que le bastaría para descansar sus ciento ochenta kilos de peso y sus dos metros diez de estatura.

Como Ricky había sido criado en su niñez dentro de las más estrictas costumbres niponas, se encontraba bien durmiendo en una estera o *tatami.*

Dejó a Ricky solventando sus problemas de cama y bajó al restaurante. Era ya muy entrada la noche y el servicio de cenas de medianoche estaba a punto de ser cerrado; sin embargo, habían preparado una mesa con seis cubiertos para ellos, puesto que así lo había pedido Savage en conserjería y se les había atendido por su reciente arribada tras el largo viaje.

El *maître* saludó sonriente a M. P. Savage que con un traje sport y sin corbata, como solía ir, con su elevada estatura, sus cabellos largos, negros y lacios, cortados al estilo oriental con fleco sobre la frente y sus ojos verdes, brillantemente verdes, componía una estampa viril y muy fuerte, casi agresiva para las mujeres capaces de sentir su femineidad hasta las uñas de los pies.

—Señor Savage, tenemos su mesa lista.

—Bien, cuando bajen los demás cenaremos.

Súbitamente, Savage se fijó en una mesita situada en un rincón e iluminada por una lámpara individual con pantalla azul. Allí había una mujer en solitario, una mujer que fumaba un cigarrillo en silencio y tenía sus grandes ojos negros clavados en él.

—¡Uhla!

CAPÍTULO II

Mikedo era una japonesa espigada, más alta de lo normal en su raza.

Ella no había nacido en el Japón, sus abuelos ya habían emigrado del Imperio del Sol Naciente, pero sus padres habían conservado no sólo las costumbres niponas, sino también su espíritu en la más radical de las purezas.

Mikedo, la nieta de los emigrantes, era, por decirlo de alguna forma, más japonesa que las nacidas a los pies del Fujiyama. Hablaba con gran soltura cinco idiomas, entre los que se incluía, por supuesto, el japonés. Sus ojos negrísimos y almendrados resultaban tan inescrutables como el resto de su cara.

Mikedo poseía en New York un local con dependencias anexas que los norteamericanos llamaban gimnasio para artes marciales orientales, pero que Mikedo había bautizado como Spirit Japan's House, y no quería ni oír pronunciar la palabra gimnasio por considerarla denigrante.

La sala de entrenamientos y enseñanza era tan amplia, que cabían holgadamente cinco *tatamis*. Uno, el mejor, quedaba en el centro y los otros cuatro nacían en las esquinas del principal.

Las enseñanzas y prácticas se realizaban en los cuatro *tatamis* que circundaban el central que las alumnas no pisaban, salvo que lo consintiese Mikedo que realmente hablaba muy poco, apenas se oía su voz.

Mikedo no tenía fama de simpática ni amable y tampoco pretendía serlo, pero obtener una plaza de alumna en el Spirit Japan's House era muy difícil, ya que la matrícula tenía sus números clausus.

En muchas ocasiones, Mikedo vestía el kimono femenino japonés, pero en su vestuario también entraban los trajes de *kendoka* y de guerrero japonés. Habitualmente solía vestir un *judogi* con cinturón negro y varios pasadores de jerarquía en el cinturón, pero era difícil averiguar a qué Arte pertenecían aquellos Dan, pues Mikedo, la propietaria de aquel *dojo* en el corazón de New York, practicaba con brillantez varias de las disciplinas.

También había algo más que distinguía a Mikedo, la Sensei de aquella especie de club-gimnasio que la japonesa pretendía que fuera algo más, mucho más. Mikedo llevaba en torno a su cabeza, por encima de la frente, la cinta blanca de los *samurái*, con *kanji*[2] pintados

en ella y nadie más podía llevar la cinta en la cabeza, pues Mikedo no lo consentía a sus alumnas ni como simple adorno.

En Spirit Japan's House no había hombres; sin embargo, algunas de las profesoras ayudantes de Mikedo casi lo parecían y en algún caso, haría falta un estudio cromosómico para tener la certeza de que la mujer en cuestión no era un hombre…

Junto a la butaca de cuero situada sobre una tarima elevada desde la que Mikedo observaba las evoluciones de sus alumnas y desde la que en ocasiones daba órdenes concretas, había un soporte en forma de "T" con comedero y bebedor en las respectivas puntas del palo horizontal. Sobre éste, un gran guacamayo rojo que parecía estar siempre muy atento a lo que ocurría y que en ocasiones lanzaba con firmeza algunas órdenes.

El enorme guacamayo rojo, de pico enorme y blanco, era uno de los recuerdos del Brasil, nación en la que Mikedo había nacido, pues allá habían emigrado sus abuelos. Nadie sabía cuántos años podía tener él; pájaro parlante; si alguien lo sabía, sería la propia Mikedo y ésta no lo decía. El caso era que el gran guacamayo rojo no permitía que nadie se acercara a Mikedo cuando ésta se hallaba sentada en la butaca. Parecía protegerla con su pico y sus garras que semejaban grandes manos armadas de afiladas uñas.

Mikedo tenía tratos más que amistosos con otro gimnasio de Artes Marciales Orientales y por lo bajo se comentaba que también le pertenecía; lo que sucedía era que no deseaba que se supiera.

De cuando en cuando, invitaba a *budokas* masculinos para probar a sus *budokas* femeninas. La prueba máxima a que solía someter a sus alumnas más cualificadas era luchar contra un *budoka* varón de igual categoría y tal parecía que Mikedo, con un espíritu radicalmente feminista, quería combatir y destruir al hombre.

Mikedo también había sido invitada al festival de Artes Marciales Orientales para Féminas. Las policías femeninas de toda la nación y de los diversos Cuerpos, podrían maravillarse ante la perfección, técnica y habilidad de aquellas *budokas* que venían a demostrar que las mujeres no eran tan débiles como los hombres pretendían si se las dejaba entrenarse y perfeccionarse.

Para que la selección fuera exhaustiva, pues deseaba que sus alumnas brillasen por encima de los otros grupos, la inescrutable Mikedo había invitado a un grupo de cinturones negros masculinos en diferentes técnicas del gimnasio Nascent Sun.

Las razas se mezclaban entre las bellas *budokas*. Las había orientales, irlandesas, germánicas o afroeuropeas, como la mulata Uhla, una de las más brillantes cinturones negros en Karate.

Aquel atardecer, todas las alumnas que carecían de la categoría de cinturón negro en la especialidad que practicasen, habían

abandonado los locales de la Casa del Espíritu Japonés y allí sólo habían quedado las mejores y un grupo de seis *budokas* masculinos. El confrontamiento de los sexos comenzó en el *tatami* central de competiciones.

Las *budokas* femeninas demostraron un conocimiento a fondo de las artes de *Judo, Karate, Tae Kwon Do* y *Bo-Jutsu.* El *Kung-Fu* no lo tocaban, pues Mikedo sólo enseñaba en sus locales las Artes Marciales propias del Japón, no las autóctonas de China.

Uhla, bellísima en su piel casi blanca, ligeramente tostada, de labios sensuales y ojos muy grandes y oscuros, fue la vencedora en *Karate.*

Ya estaban elegidas para el festival, pero Mikedo quería endurecerlas un poco frente a los *budokas* masculinos.

Los combates entre hombres y mujeres resultaron singularmente duros. Los hombres tenían demasiada confianza en sí mismos y se mostraban suficientes, por lo que las mujeres se empleaban con una fiereza casi inaudita para vencer a los varones, pues entre otras cosas sabían bien que Mikedo les pedía la victoria.

La cinturón negro segundo *Dan* en *Tae Kwon Do* se enfrentó con un coreano también cinturón negro segundo *Dan* y el combate fue muy rudo. Al emplearse tan a fondo, los impactos no sólo se marcaban para puntuar, sino que se conseguían aunque no con toda su dureza; sin embargo el coreano, en el ardor de la lucha, le propinó un fuerte impacto con el talón que alcanzó a la fémina de lleno en la clavícula.

El coreano vio como la joven caía al suelo y no volvía a levantarse.

Todos quedaron en suspenso y miraron a Mikedo, interrogantes.

Mikedo entró en el *tatami* sin mirar al coreano y se inclinó sola la muchacha que, despacio, abrió los ojos. Su rostro reflejaba una mueca de dolor.

—Le has roto la clavícula a mi más brillante alumna en *Tae Kwon Do* —anunció con un gruñido.

El coreano, al ver a su víctima con los ojos abiertos, sonrió con algo de desprecio y dijo:

—Ya advertí que estos enfrentamientos eran absurdos, una mujer no puede luchar con un hombre. O las dejas ganar por cortesía, o pasa esto.

—Sacadla con cuidado —ordenó Mikedo a las compañeras. Después, se enfrentó con el coreano—: Una mujer con *Tae Kwon Do* puede vencer a un hombre tan despreciable como tú —silabeó.

—Imposible, ya lo has visto. Las mujeres sois muy frágiles. ¿Dónde hay una mujer que pueda vencerme?

—Aquí, yo misma —dijo Mikedo mirándole fijamente non sus ojos pequeños.

Eran unos ojos orientales contra otros ojos orientales. El coreano comprendió que si no la vencía, iba a pasarlo mal; tenía que mantener sus palabras y con una sonrisa respondió:

—Si quieres luchar, estoy dispuesto, pero sentiría que te sucediera lo mismo que a la otra chica.

—¡Fuera todos del *tatami!* —ordenó Mikedo, apartándose del coreano.

Los largos cabellos de la mujer caían sobre el *judogi* blanco. En torno a su cabeza, la cinta de *samurái.* Aunque ella no lo era, tenía su espíritu o así lo manifestaba.

Se saludaron con gran cortesía y después, se inició la lucha entre el coreano que pesaría una veintena de kilos más que la japonesa de edad indescifrable.

El coreano, tras el saludo inicial, puso una sonrisa mitad cordial mitad irónica en su rostro más redondeado y menos duro que el de la propia Mikedo.

Mikedo tenía los labios gruesos y aplastados como su nariz, más bien grande, que contrastaba con los ojos diminutos; sin embargo, aquella mujer tenía un encanto maligno.

Topinaga era un japonés recio, cinturón negro quinto *Dan* en *Judo,* tercero en *Karate* y tercero en *Tae Kwon Do.* Estaba muy preocupado en aquella lucha, conocía bien a Mikedo y sabía que estaba furiosa, aunque para otro que no fuera él resultaría muy difícil descubrir la cólera de la mujer, siempre aparentemente fría.

Topinaga era el Sensei del gimnasio Nascent Sun y a su vez máximo consejero de Mikedo, aunque era fácil adivinar que estaba a las órdenes de la japonesa del guacamayo rojo, recuerdo de su infancia en las selvas amazónicas.

Iniciaron la postura de defensa e intentos de ataques.

Caminaron de costado y en círculo, cambiaban constantemente.

El coreano amagó unos golpes sin aplicarlos a su adversaria; la estaba tanteando. Sabía que Mikedo en una experta en *Tae Kwon Do;* lo que ponía en duda era que sus golpes pudieran resultar efectivos.

Mikedo se impulsó hacia delante apoyándose en su pie izquierdo. Voló por el aire para aplicarle un *ashinga-tana* en el rostro con su pie en forma de espada. El coreano supo desviar el golpe que buscaba su entrecejo

—*¡Kiaiii!* —rugió Mikedo, sacando el grito de lo más hondo de sus entrañas.

Giró en el aire sobre sí misma, transformada en un eje, y le aplicó un *ushirogeri* con el talón del pie izquierdo que alcanzó su objetivo.

Lo introdujo con una dureza mortal por debajo del mentón del coreano, alcanzándole de lleno la nuez de la garganta.

Cuando Mikedo caía sobre el *tatami,* rodando sobre, sí misma y reincorporándose en él, el coreano tenía las pupilas en blanco. Anduvo unos pasos hacia atrás, con el cuello cogido entre sus manos. Todos le observaban.

Al final, cayó de espaldas. Se revolvió en el suelo con contracciones de sus piernas y quedó quieto con los ojos abiertos, que se vidriaron rápidamente.

Mikedo dio unas palmadas y ordenó:

—¡Muchachas *budokas* a los vestuarios, rápido!

Las jóvenes se alejaron sin preguntar nada, sin hacer comentarios entre ellas. Más que respeto hacia Mikedo, sentían temor, por ello ninguna puso objeciones para marcharse. Sólo quedaron allí la *budoka* herida y el coreano tendido sobre el *tatami.*

—¿Hacía falta matarlo? —preguntó Topinaga, sombrío.

Mikedo chasqueó la lengua y se escuchó un rabioso "¡síii!" que emitió el gran guacamayo rojo desde su soporte.

—¿Por qué? —preguntó Topinaga dando por buena la respuesta del ave. Estaba acostumbrado a que Mikedo hablara a través del pájaro al que daba unas órdenes que sólo ella conocía—. Era uno de mis mejores hombres.

—No acepto desafíos, sino para llevarlos hasta el último extremo. El ha herido a mi muchacha y ha creído que las mujeres somos inferiores, ahora está en el infierno. Llévatelo y hazlo desaparecer sin dejar rastro. Dentro de una hora llamaré al doctor del gimnasio para que se haga cargo de la chica herida. No quiero que haya aquí ni olor a sudor de macho. ¡Fuera!

—¡Fuera, fuera, fuera, fuera! —repitió el gran guacamayo rojo, con una fuerza tal, que hacía vibrar los tímpanos de los *budokas* que ahora cargaban con el compañero que tenía la garganta rota. Mikedo no le había perdonado su suficiencia y el combate no podía haber sido más corto ni efectivamente letal.

—¡Fuera, fuera, fuera!

CAPÍTULO III

Juanito Chancleta había aparecido en el hotel con una carpeta repleta de fotografías de las *budokas* de Liberty Garden. Sólo había tenido que revelar los carretes que le habían entregado y estaba muy contento del resultado.

—Son magníficas, seguro que las pegarán en los tableros de propaganda del festival.

Savage las observó. En ellas se podía ver a Adelaida, Korai, Vanessa y Françoise practicando sus respectivas especialidades en momentos muy brillantes, dando saltos espectaculares que no rompían su armonía femenina,

—Muy bien, Juanito, tú te encargarás de las relaciones públicas. Ricky os acompañará. Esta misma tarde irás con las chicas a la dirección que te daré y preguntas por la capitán Colbert. Es una mujer de aspecto duro y refunfuñón, pero una excelente oficial de la policía. Ella es la comisionada para todo este asunto del festival.

—¿Tú no vendrás con nosotros, Savage?

—Yo no quiero aparecer demasiado, tú las presentas. Si hay opción, que practiquen un poco y después, si sobra tiempo, les haces un recorrido turístico por Nueva York.

—¿Y Ricky?

—Irá con vosotros, os podéis llevar el "Daymio”. Quiero que lo paséis bien; después de este festival las cuatro chicas iniciarán una nueva vida.

—¿No regresarán a Liberty Garden? —preguntó el pequeño puertorriqueño, de escasos cincuenta kilos de peso y apenas un metro y medio de estatura, lo que le daba una gran movilidad.

—No, ya no regresarán a Liberty Garden, apenas tienen ya nada que aprender allá. Son expertas *budokas,* sus espíritus son puros y están forjadas para la lucha del mundo, para transpirar paz. Su puesto en Liberty Garden podrán ocuparlo nuevas alumnas.

—Muy bien. ¿Ellas lo saben?

—Sí, y ya tienen toda la documentación para ir a sus respectivos países en cuanto el festival termine. Tendrán buenos trabajos, pero su labor será más que eso.

—En ese caso, tenemos que hacerles pasar los mejores días de su vida aquí en New York.

—¡Magnífico, Juanito! Ye estaré cerca de vosotros, pero ya te

dije, no quiero aparecer demasiado. Haré un reportaje de todo el festival, sácame las mejores fotografías y película en cantidad. Aunque algunos combates sean pasados en directo por la televisora NBC, yo puedo vender un reportaje extenso del festival. Por una vez, haremos un reportaje bueno, sin denuncia.

—Eso va a sorprender a tus seguidores, Savage.

—Es posible, así no se aburrirán. Bien, Juanito, no filmes demasiado a nuestras muchachas en sus combates, hazlo a todas por un igual. No quiero que sus rostros queden demasiado claros en el reportaje; eso podría marcarlas y luego resultar peligroso para ellas.

—Lo tendré en cuenta.

—Ahora que ya tienes trabajo, os dejo. Os encontraré aquí en el hotel o en el propio festival. Cuida de que se preparen., pero que piensen que no es tan importante ganar; lo que importa es que participen y demuestren su técnica y su *Do*[3]. Incluso, es mejor que venzan otras, al final, pero eso lo dejo a su libre elección, no voy a pedirles que ganen ni que pierdan. Sólo deseo que se comporten como verdaderas *budokas,* no en vano han sido educadas en Liberty Garden.

Tras despedirse de Juanito Chancleta, un eficaz colaborador en sus actividades periodísticas, M. P. Savage descendió al garaje subterráneo del hotel. Fue a la garita del guarda del parking y se identificó, mostrándole su carnet de conducir.

—¿Han traído un coche que he pedido?

—¿Un “Mercedes-Benz” deportivo?

—Sí.

—Sí, señor Savage, aquí tiene las llaves. Es un deportivo color gris perla, un magnífico automóvil, señor.

—Gracias.

Le dio dos dólares de propina y tomando las llaves buscó el auto deportivo de color gris perla.

Abrió la portezuela y se sentó ante el volante del coupé “Mercedes-Benz” SLC 350. No era la primera vez que conducía un modelo potente y rápido como aquél de la gama “Mercedes”.

Para tener sólo dos plazas, resultaba muy largo, cuatro metros cuarenta centímetros, de parachoques a parachoques.

Lo sacó del aparcamiento y enfiló hacia la salida mientras daba una ojeada al indicador de carburante. Comprendió que tenía que pasar por una gasolinera, máxime teniendo en cuenta que aquel modelo se podía tragar con mucha facilidad veintidós litros de combustible cada cien kilómetros.

El deportivo estaba perfectamente revisado y no se le notaba ningún defecto aguzando el oído. Probó el *reprise* y los frenos. Le gustaba comprobar las posibilidades de los automóviles que tenía que conducir para saber si podía confiar en ellos en momentos de

dificultad.

Cuando hubo llenado el depósito de gasolina, se sintió más a gusto y se dirigió hacia el túnel de Holland, al sudoeste de Manhattan. Dos cuadras antes de arribar al túnel, Savage se aproximó a la acera.

Junto a una farola aguardaba una bellísima mujer que arrancaba miradas de admiración de los hombres que transitaban por aquel lugar pese a que se notaba que la joven era de raza negra, aunque, en realidad, era afroeuropea.

Abrió la portezuela tras pisar el freno y la joven se introdujo en el asiento mientras algunos miraban con envidia a la pareja, pensando que era un simple trato comercial entre ambos.

—¿Estás bien, Uhla?

—Sí. —La joven se arrellanó en el confortable asiento—. ¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Fuera de la ciudad. Un poco de aire puro nos irá bien.

Uhla sacó una pitillera de su bolso y preguntó:

—¿Puedo fumar?

—Sí, claro.

—Como tú no fumas —comentó ella, mientras llevaba el cigarrillo a sus sensuales labios.

—Bueno, pero yo respeto los gustos y los pequeños vicios de los demás. —Hizo una pausa, miró de reojo a Uhla y comentó—: Sigues tan hermosa como cuando nos vimos en Zatandia[4].

—¡Lo tomo como un halago? —replicó ella, medio sonriendo tras el cigarrillo. Era una mujer terriblemente atractiva con su piel casi blanca, algo tostada, haciendo destacar sus atributos femeninos. Ojos grandes y oscuros, cabello negro, abundante y lacio, labios sensuales, silueta estilizada pero de pechos redondos y agresivos.

—Hago justicia, eres una de las mujeres más hermosas que he conocido.

—Entonces, debo sentirme muy halagada, porque tú has conocido a muchas mujeres. Tienes un nombre muy importante y tus reportajes son muy leídos.

—Interesan porque son denuncias veraces. ¿Viste por televisión el reportaje que hice en Zatandia sobre el asunto de los coches robados que se regalaban luego a las autoridades como soborno para obtener permisos y negocios fraudulentos?

—Sí, lo vi todo, fue un trabajo excelente. Gracias a tu denuncia, cambiaron muchas cosas en Zatandia; pero aquello ya quedó atrás para mí.

—¿Por qué abandonaste Zatandia?

—Me ofrecieron un contrato de relaciones públicas en París.

—Ahora estás en New York.

—Bueno, por motivos de trabajo vine acá. Luego mí enteré de

que se había hundido la empresa para la que trabajaba y me quedé en New York.

—¿Has encontrado empleo?

—Sí, estoy en una oficina. Conozco varios idiomas y no me va mal, pero si se me presenta algo mejor, cambiaré.

—No te sientes a gusto mucho tiempo en el mismo lugar, ¿eh? —preguntó Savage manteniéndose atento a la circulación, tratando de alejarse de la megápolis que en New York.

—Mucho tiempo viendo las mismas caras me asfixia Tú tienes suerte, siempre estás en lugares distintos haciendo reportajes sobre asuntos de escándalo. ¿No temes a la muerte?

—No, todos tenemos que morir; la única diferencia es que unos viven más años que otros. Al final, todos muertos y calvos, como se suele decir. Vamos, que cuando llegue mi hora no me echaré a llorar.

—Eres admirable, Savage; pocos hombres hay como, tú. Sabes que tras de ti van mercenarios para asesinarte y tú los desprecias.

—¿Merecen otra cosa que desprecio? ¡Vamos, Uhla! ¡Tú no estabas en el Cherry Hotel por casualidad! ¿Cómo supiste de mí?

Ella no respondió con rapidez, aspiró con fuerza el humo del cigarrillo. Se había hecho ya de noche y las luces pasaban rápidas junto a ellos.

—Me enteré de que vendrías a New York, y decidí verte. No me guardas rencor porque traté de matarte en Zatandia, ¿verdad?

—Por suerte, fallaste el golpe; pero la verdad, ya he olvidado que quisieras eliminarme y sólo recuerdo el buen rato que pasamos juntos. Mira, a poca distancia queda un *night club* con motel. ¿Te parece bien que nos detengamos ahí?

—Sí, ¿por qué no? Ya estamos lejos de la ciudad.

Savage aproximó el “Mercedes” al arcén y aminoró la velocidad hasta llegar al parking de aquel lugar de expansión y descanso que anunciaba su nombre con luces de neón: Garden Night Club and Motel.

Tras detenerse, se les acercó un empleado uniformado que después cié saludarles preguntó:

—¿Van a tomar una habitación?

—Sí... —asintió Savage sin vacilar, sin mirar a Uhla.

—Si abre el maletero, señor, les sacaré el equipaje.

—Gracias, pero no será necesario... ¿Hay algo de *show* en el club?

—Sí, señor, un *show* de calidad.

—Magnífico.

Puso dos dólares en la mano del portero y éste saludó muy atento.

—No me has preguntado si yo quería una habitación —dijo Uhla

irónica.

—Es que no te he dicho que vayas a dormir en la habitación.

—Muy listo. —Salió del coche y tomando su bolso, alzó el cuello de su chaquetón de piel. La brisa nocturna era fresca—. Te espero en el club.

—Bien, yo paso por conserjería.

Al poco, se reunían de nuevo. Savage ya tenía la llave de la habitación del motel.

Se adentraron en el Garden Night Club que, efectivamente, era un gran jardín, pero jardín de invernadero. Techo y paredes formaban una gran nave funcional de plástico y plantas y aves exóticas anidaban libres allí dentro donde se mantenía una temperatura constante de veinticinco gradas Celsius para que no resultaran dañados los pájaros ni las plantas tropicales.

Tomaron una mesa; había poca gente.

Vieron parte del espectáculo en que unas chicas muy vistosas bailaban y cantaban. Sus exuberancias anatómicas quedaban bien, a la vista. El *show* no era nada del otro mundo, pero resultaba entretenido.

—¿Quieres que cenemos un poco?

—Sí —asintió ella—, pero una cena frugal. No me gusta tener pesadez de estómago cuando estoy en compañía de alguien como tú.

Bailaron muy abrazados, acoplando sus cuerpos como si hubieran nacido para encajarse a la perfección el uno con el otro. Savage notaba todas las curvas de Uhla.

—¿Cómo supiste que vendría a New York?

—Ya sabes que soy *karateka.*

—¿Sigues practicando?

—Sí.

—¿Dónde?

—En un lugar llamado Spirit Japan’s House.

—¿El gimnasio de Mikedo?

—El mismo, aunque a Mikedo no le gusta nada que llamen gimnasio a su escuela de Budo.

— Ya lo sé. En una ocasión vi a Mikedo.

—¿La conoces?

—Personalmente, no.

—Es una mujer muy especial, pero te aseguro que sabe luchar como los mejores del gran *Kodokan* de Tokio.

—Lo sé. ¿Te dijo ella que yo vendría a New York?

—No, me lo contó la capitán Colbert.

—Vaya, ¿la conoces?

—Sí, es una mujer singular; creo que es la vicepresidente de la asociación de mujeres policía.

—Eso es.

—Bueno, hablé con ella por lo del festival y me *explicó* que tú traerías a un grupo de participantes.

—La capitán Colbert habla mucho, para ser capitán de la policía.

—Quería darte una sorpresa, Savage.

—¿Una sorpresa?

—Sí, yo soy una de las elegidas por el grupo de Mikedo para participar en ese festival.

—¡Vaya, mi enhorabuena! En ese festival sólo estarán las más brillantes *budokas.* Tu especialidad es el *Karate,* ¿verdad?

—Sí, ya lo sabes. Bueno, pregunté el lugar donde ibas a hospedarte y allí fui a esperarte.

—Ya, y bastó que habláramos un poco para citarnos.

—Tú ya tenías que atender a tus chicas. Siempre rodeado de mujeres, Savage.

—La capitán Colbert conoce mi afición por las Artes Marciales Orientales y me preguntó si podía preparar a un grupo de chicas escogidas por mí.

—No es tonta. Como tú eres un *free-lance* de los mejores, o más justo sería decir el número uno, habrá pensado que además harías un reportaje sobre el festival y así se haría publicidad indirecta y gratuita, porque no os paga nada, ¿verdad?

—No, sólo abonan los gastos. Las chicas que he seleccionado no son profesionales, como pienso que tú tampoco lo eres.

—Claro que no. Tengo el título de profesora desde el primer día que alcancé mi cinturón negro, pero para mí, el *Karate* es un *hobby* que me ayuda a mantenerme en forma sin necesidad de acudir a ninguno de esos aborrecibles institutos de belleza para mujeres.

—A ti no te hace falta ningún instituto de belleza, Uhla. Tienes una piel tan fina y suave que es pura seda, seda cálida.

—No creas, Savage, las mujeres hemos de estar cuidándonos para permanecer hermosas.

—¿Eres del movimiento feminista?

—No —rió ella—, pero hay que estar siempre dispuesta por si un hombre se fija en nosotras y si a nosotras nos gusta...

—Para ti, eso será fácil. Eres muy atractiva y habrás recibido propuestas de muchas clases.

—No voy a negarlo, pero no me han interesado —contestó, casi ronroneándole junto a la oreja,

—¿Esperas algo muy especial, o sólo quieres pareja por horas y después “si te he visto no me acuerdo”?

—Lo que quiero es un tipo como tú.

Le rozó las mejillas con sus labios grandes, sensuales, y fue recorriendo la cara del hombre hasta terminar en la oreja derecha, cuyo lóbulo mordisqueó.

—Si continúas así, vamos a estar poco tiempo disfrutando del ambiente del *night club*.

—¿Acaso a ti te interesa?

—Lo mismo que a ti —se rió él, también con mucha picardía.

No pasaron muchos minutos hasta que Uhla graduaba el volumen del hilo musical de la habitación alquila da para pasar la noche.

—¿Te gusta así, o te parece muy fuerte? —preguntó a Savage.

—Me gusta suave.

—Mira, aquí en las teclas de selección dice que se puede escoger entre música clásica, música ligera suave y música sensual.

—Me hace falta un duchazo, me siento algo cansado.

—¿Antes de empezar?

—Yo me recupero rápidamente, ya lo verás.

—Seguro, seguro que sí.

Uhla pulsó la tecla que les envió música sensual, una música que recordaba la selva negra aunque había algo de ritmo caribeño en ella.

Savage se duchó con agua fría. Una vez seco su cuerpo y cerca de la ventana, se colocó en posición *Sirshasana*. Sus pies quedaron en lo alto y su cabeza hacia abajo, con las manos cruzadas detrás del cráneo. Aquella postura de Yoga cambió su circulación sanguínea. Cerró los ojos y se ensimismó.

—¡Savage, Savage, tengo la espalda algo cansada! ¿Me harás un poco de masaje? Como tú no lo hace nadie, te lo aseguro, nadie. Tienes los mejores dedos del mundo. ¿Quién te enseñó?

—No hables tanto —le dijo él casi al oído, cuando Uhla estaba en la cama boca abajo, con los brazos y las piernas extendidas.

Savage se le había acercado como un felino, sin que ella se diera cuenta, sin hacer el menor ruido. Uhla no habló entonces, sino que gimió de placer. No se había equivocado, los dedos de Moses P. Savage eran extraordinarios, no sólo para relajarla, sino para mucho más.

—¿Te gusta, te gusta?

—Sí, sí, sí —gemía ella, mientras no podía evitar movimientos de su cuerpo bajo las yemas de los dedos masculinos que se deslizaban por aquella piel tan suave; no hubieran resbalado mejor por la más selecta seda de Oriente.

Uhla se volvió hacia arriba y enlazó por el cuello el rostro de Savage, aquel rostro de pupilas brillantes y verdes. Quiso devorarlo con sus labios mientras le hundía las uñas en la nuca.

—Quieta, quieta.

—Daimio, daimio, daimio...

—No, no, no soy tu señor.

—Porque no quieres.

—Mira, Uhla, yo no soy hombre para hacer feliz a una mujer. Tengo mucho que hacer en este mundo, ya tengo una gran familia.

—¿La de Liberty Garden?

—Sí.

—Yo no te pido una familia, sólo te pido que me ames —le dijo con todo su hermoso y negro cabello desparramado sobre la almohada —. Sólo te pido que me ames, que me ames, aunque sólo sea una noche...

Como temiendo que se le escapara, le hizo presa con una inmovilización de Judo, para lo cual le colocó a él debajo, ya que Savage no opuso ninguna resistencia a la inmovilización.

Después, una vez bien sujeto, comenzó a devorarlo a besos y pequeños mordiscos que iban recorriendo la piel viril, estirando, de vez en cuando, del vello que sujetaba entre los dientes.

—Cuidado, me vas a depilar a lo vivo.

—¿Te hago daño, amor, te hago daño?

* * *

—¿Estás dormido? —le preguntó Uhla, con voz apenas audible, mientras la música sensual llenaba la estancia sin estridencias.

Uhla hablaba pasando la mano por el tórax masculino que tenía a su lado.

Savage, sin abrir los ojos, preguntó:

—¿Qué te pasa? Todavía falta mucho para el amanecer. ¿Quieres beber algo, tienes sed?

—No, no es eso, Savage.

—Dentro de un rato nos iremos, tengo que hacer algunas visitas.

—Savage, Savage, sé que te están buscando.

—¿Ah, sí?

—Sí, tú ya sabes quiénes, ¿verdad?

—Lo imagino. No te he querido preguntar nada, pero estaba seguro de que acabarías diciéndomelo.

—No te habrás quedado conmigo en la cama para que te hablara de los mercenarios de la Secta del Dragón Bicéfalo, ¿verdad?

—No, contigo me quedaría aunque me hablaras de pingüinos e icebergs.

Sin abrir los ojos, alzó sus labios y la besó.

—Savage, quieren matarte.

—Quieren siempre lo mismo. ¿Has traído uno de esos *yawaras*[5], que reparte la secta entre sus mercenarios?

—No, ya no llevo ningún *yawara* en mi bolso. Después de lo que me sucedió contigo, dejé de pertenecer a la Secta del Dragón Bicéfalo.

—Es extraño que una organización de asesinos, de sicarios a sueldo, dejen libre a uno de sus miembros.

—Yo fallé contigo, Savage, tenía que matarte y no lo hice. Tú me dominaste en Zatandia, tanto física como psicológicamente. La verdad es que me enamoré de ti y sigo enamorada.

—¿Podrías jurar que ya no eres una asesina a sueldo?

—Lo juro, Savage, lo juro, no soy ninguna asesina a sueldo; pero sé cosas, los contactos nunca se rompen del todo. Si me vieran contigo, yo sería la víctima. Es posible que después de este encuentro contigo me maten.

—No lo creo, Uhla, no lo creo.

—A mí también me gustaría no creerlo, pero ya no estoy segura de nada; puedo ser un peligro para ellos. Si descubren que te estoy advirtiendo de que corres peligro aquí en New York, me asesinarán y mi cuerpo puede que ya no aparezca jamás, y si aparece, la policía puede considerarlo como un accidente desgraciado. Ya sabes que para matar, los miembros de la secta no emplean armas de fuego ni armas blancas, sólo las Artes Marciales Orientales y especialmente utilizan el *yawara* que rompe cabezas de un golpe seco y contundente.

—Sí, eso desconcierta a las policías occidentales que no encuentran el arma asesina y casi siempre suponen que la muerte se debe a un desafortunado golpe contra algún canto de mesa o quién sabe contra qué.

—Debes marcharte de New York, Savage. Escoge algún otro lugar del mundo para hacer reportajes, ahora; aquí corres peligro.

—Mira, Uhla, tengo grandes deseos de verme cara a cara con el jefe de la Secta del Dragón Bicéfalo y terminar definitivamente con este asunto, y tú vas a decirme quiénes son. Contigo tengo la posibilidad de desenmascarar a los miembros de esa organización. Sé que hay muchos tipos que han pagado fuertes sumas de dinero a la Secta del Dragón Bicéfalo para que me aniquilen y hagan desaparecer Liberty Garden, con todo lo que ello significa.

—Lo sé, Savage. A mí me encargaron que te matara nunca lo podré olvidar, y fallé. Fui débil y me alegro de ello. Tú me hiciste comprender lo que yo era, una asesina a sueldo. Me ayudaste a cambiar y te lo agradeceré toda la vida.

—No quiero agradecimientos, Uhla.

—Lo que siento por ti es amor, un amor salvaje. Cree que en este sentimiento tiene mucho que ver la sangre negra que corre en parte por mis venas, pero eso no quita que te esté agradecida y por ello tengo que decirte que estás en peligro.

—¿Dónde has oído hablar de que yo corra peligro?

—No puedo decirte nada; traicionaría a otras personas. Ya te he dicho que no pertenezco a la secta de sicarios, pero tampoco quiero traicionar a nadie. Te hable con sinceridad. Es muy posible que esté vigilada por la relación que ya tuve contigo hace algún tiempo. Saber

que fallé y aunque he conseguido desprenderme de ellos estoy segura de que no perdonan mi fallo aunque hasta ahora no hayan tomado ninguna revancha contra mí Quizá estén guardándome el castigo para la ocasión que ellos crean oportuna.

—¿Piensas que estás en su lista negra?

—Seguro, pero esa lista la encabezas tú, Savage.

—Sé cuidarme, no te preocupes. Me darás tu dirección y te protegeré.

—No, no deben vernos juntos por New York. Es preferible que no sepas mi domicilio.

—Pues, dame tu teléfono.

—No, eres demasiado listo y por el teléfono sacaría; mi dirección. Yo te llamaré a ti, será lo mejor.

—No me gusta, Uhla, no me gusta.

—Deja que tome estas precauciones para salvar mi vida. Te llamaré a tu hotel; no corramos riesgos. Solo puedo decirte que estás en peligro, esta vez no enviarán a un solo sicario para matarte, se van a emplear a fondo. Será una lucha total, Savage; intentarán exterminarte en una guerra sin cuartel.

—No conseguirán matarme, Uhla, pero me gustaría que me contaras más cosas. ¿Vives sola?

—No hagas más preguntas, te lo ruego, no las hagas.

Para evitar que siguiera preguntando, le selló la boca con sus labios.

CAPÍTULO IV

—¿Qué os parece New York? —preguntó Juanito Chancleta que lo conocía muy bien.

El era un puertorriqueño que había pateado las calles de Manhattan hasta manchar el asfalto con su propia sangre; sin embargo, ahora los tiempos habían cambiado para él.

—¡Es grandioso! —exclamó Vanessa. .

—París es más bonito —dijo Françoise, por su parte

Adelaida, sonriente, opinó:

—No me gustaría vivir aquí. Después de la paz que reina en Liberty Garden, con su Templo de las Meditaciones, sus árboles, sus flores, sus pájaros, New York es horrible.

—¿Y tú qué dices, Korai? —preguntó a la silenciosa coreana.

—No sé qué responder. Para mi mentalidad, no es bonito, pero comprendo que es grandioso. La verdad me parece un hormiguero donde las hormigas son automóviles y los trenes del Metro enormes gusanos chirriantes que cruzan ese hormiguero.

—¡Vaya descripción! Ahora veréis un lugar bonito si no lo estropea la niebla, pero hoy es un día despejado. Esta panorámica, a la puesta de sol, es muy hermosa, máxime si aparecen algunos trasatlánticos.

Chancleta condujo el “Daymio” hasta Battery Park. Desde allí, en el extremo sur de Manhattan, se podía ver la estatua de la Libertad y los *ferries* que conducían hasta ella.

En el estuario se unían el Hudson y el East River, formando un verdadero mar de agua dulce pero contaminada. Allí pedían verse, especialmente por el East River, las gabarras de los basureros y paquebotes mercantes río arriba, río abajo, buscando muelles o saliendo de ellos. New York era una ciudad que no dormía.

—Aquí estará bien aparcado el coche —dijo Chancleta.

Todos descendieron de él. Ricky salió por la portezuela posterior, abandonando su butaca giratoria. El parque, bien cuidado, estaba casi vacío pese a la belleza del lugar.

De pronto, apareció un patrullero que se estacionó junto a ellos, subiendo las ruedas laterales a la acera. De inmediato saltaron al suelo los dos agentes de policía, desenfundando sus respectivas pistolas.

En aquel momento, sin percatarse de lo que sucedía, Ricky se había alejado unas yardas.

—¡Quietos! —ordenó uno de los agentes.

—¿Qué pasa? —inquirió Juanito.

—¡Cierra la boca, puertorriqueño, y las manos a la nuca, rápido!

Las cuatro muchachas quedaron desconcertadas mientras Juanito era empujado contra las rejas; al otro lado de las mismas

quedaba el agua del estuario.

—¿Qué sucede? —preguntó Françoise, en inglés.

—¡Silencio!

En aquel instante llegó un furgón y otro agente policial saltó al suelo para abrir las portezuelas posteriores.

—Oiga, agente, se confunden, no hemos hecho nada. Avise a la capitán Colbert —le decía Chancleta.

—Ya te darán a ti en la estación de policía —le gruñó el agente que le hizo golpearse en la cabeza contra las rejas mientras le cacheaba.

—¡Adentro todas! —ordenó el agente del furgón, señalando el interior del mismo.

—¡Nosotras no hemos hecho nada! —insistía Françoise.

—Sois todas unas zorras, os hemos cogido *haciendo la calle;* ya os hablará el teniente.

Adelaida se indignó:

—¡Pues no nos ha tomado por prostitutas!

—¿Peleamos? —preguntó Korai.

—No, ellos son la ley —puntualizó Vanessa.

— ¡Adentro! —apremió el agente mostrando el furgón.

—No os preocupéis, Savage lo aclarará todo —dijo Chancleta—. En New York se producen esta clase de confusiones, a veces lo toman a uno por delincuente ¿Verdad, agente?

—Claro que sí y tú lo eres, verás como hablas en la estación.

El agente miró a las chicas que acababan de entrar en el furgón mientras Ricky regresaba sin comprender lo que ocurría.

El agente que tenía encañonado a Chancleta le golpeó entonces en la cabeza. Después, lo cogió por detrás metiendo su mano por las entrepiernas y lo alzó por encima de las rejas.

Lo lanzó al vacío, ya que al haberlo golpeado traicioneramente, lo dejó medio inconsciente.

—¡Juanito, Juanito! —gritó Ricky saltando hacia las rejas, viendo por encima de ellas el cuerpo que desaparecía bajo las negras aguas del estuario.

Los agentes, puestos de acuerdo, habían regresado a sus vehículos, poniéndolos en marcha.

—¡Quietos, quie-quie-quietos! —gritó Ricky corriendo tras ellos con su enorme humanidad.

El patrullero parecía que debía proteger a la furgoneta en que habían encerrado a las chicas.

Ricky logró asir el parachoques posterior del patrullero y lo alzó cuando el falso agente le daba gas y el motor rugía.

Las ruedas giraron en el aire, pues Ricky, al levantar el auto por su parte posterior, no dejaba que tocara el asfalto.

—¡Policías, poli-poli-policías! —gritaba Ricky, qué no podía hacer más que retener el coche allí, impidiendo! que avanzara.

Uno de los falsos agentes abrió la portezuela de su lado. Asomó por ella con la pistola en la mano y comenzó a disparar sobre Ricky, el cual fue encajando balas como si fuera una diana de prácticas.

Pero, también era humano pese a sus dos metros diez y sus ciento ochenta kilos y tuvo que soltar el coche mientras sus piernas se doblaban.

Al soltar el coche, cayó bruscamente y las ruedas aceleradas tomaron contacto con el asfalto. El auto dio un salto hacia delante y chocó contra un refuerzo de hormigón.

Saltaron los cristales y el agente que había disparado salió proyectado, quedando tendido en el suelo, roto como un muñeco abandonado. La nuca se le había partido al golpearle la propia portezuela abierta cuando él se hallaba con medio cuerpo fuera.

El otro sujeto, al verle muerto, le abandonó. Tenía que huir, los disparos llamarían la atención. El coche aún funcionaba e hizo marcha atrás, pisando en parte a su compañero caído.

Consiguió alejarse produciendo infinidad de gruñidos con su coche deteriorado. Para disimular los chirridos, conectó la sirena alejándose con toda la rapidez posible.

Cuando hubo salido de Battery Park, abandonó el coche en un callejón y huyó a pie.

Mientras, dentro del furgón, las cuatro desconcertadas muchachas sufrieron una extraña explosión que hizo un artefacto en el que no habían reparado y que se hallaba pegado al techo con un imán.

De inmediato, el vehículo se llenó de un gas que las hizo toser y llorar a lágrima viva. Las jóvenes comenzaron a golpear el furgón puesto que no podían abrirlo, pero todo fue inútil, continuó herméticamente cerrado mientras ellas iban perdiendo fuerza.

El gas, que a través de los pulmones se les iba metiendo en la sangre, además de lacrimógeno resultó narcotizante y poco después, ninguna se enteraba de nada. Habían quedado tendidas en el suelo del furgón, inconscientes, a merced de sus secuestradores que se habían disfrazado de policías para que ellas, que respetaban la ley, no les hicieran frente, puesto que eran excelentes *budokas*.

Cuando las jóvenes despertaron, todo era oscuro a su alrededor, tan oscuro que no se veía nada en absoluto.

Al moverse, cada una de ellas realizó un desagradable descubrimiento: Se hallaban encadenadas por grilletes que sujetaban sus muñecas.

—¿Dónde estoy? —preguntó Adelaida, todavía en el suelo e incorporándose.

Hubo tintineos de cadenas. Eran cadenas no muy gruesas, de

eslabones pequeños pero al parecer muy resistentes.

—¿Estáis ahí? —preguntó Korai, gagueando un poco

No se pudieron acercar las unas a las otras. Cuando intentaban hacerlo, las cadenas que unían sus muñecas a la pared se lo impedían, no daban más de sí.

—Soy Adelaida, estoy viva, pero tengo grilletes en las manos, como si fuera una esclava,

—¡Yo también! —exclamó Vanessa.

—Y yo —declaró Françoise, medio atontada por gas narcótico y mientras trataba de frotarse los ojos que le escocían.

—Yo estoy bien, pero como vosotras —dijo por fin Korai.

—Pero ¿qué pasó? —preguntó Vanessa.

—Nos metieron en un furgón y explotó una especie de bomba —contó Adelaida,

—Eso ya lo sabemos, pero ¿quién lo ha hecho?

—Eran policías —recordó Korai.

Todo aquel diálogo a cuatro, tratando de hallar la verdad de lo ocurrido, se realizaba en la oscuridad. No sabían qué ocurría ni dónde estaban.

De súbito, se hizo la luz.

Densos cortinajes comenzaron a descorrerse automáticamente y persianas de aluminio a enrollarse, dejando ver un cielo brumoso pero azulado tras unos gruesos cristales.

Era imposible averiguar nada más, puesto que sólo se veía cielo.

—¡Mirad! —exclamó Françoise, señalando al otro extremo de una amplia estancia.

Era como un *dojo* grande, aunque el techo no era demasiado alto; resultaría algo bajo para practicar el *Tae Kwon Do*.

Al otro extremo del *tatami* centrado en la sala, había una tarima y sobre ésta, una butaca de cuero. Junto a ella había un soporte adecuado en el que se aposentaba una gran ave prensora, un guacamayo adulto de color rojo.

—¡Hola, hola, hola! —fue diciendo, mirándolas con sus ojos negros rodeados de un cerco muy blanco.

Las chicas se pusieron en pie. Las cuatro estaban sujetas a la pared con aquellas cadenas con grilletes para las muñecas y estaban lo suficientemente separadas entre sí como para no conseguir tocarse entre ellas. Ahora lo veían bien.

—Esto es un *dojo* —observó Korai—, pero ¿por qué estamos aquí?

La sala estaba inundada de luz y tenía ventanas a derecha e izquierda.

Las chicas se hallaban pegadas a una pared lisa, sin otra cosa que unos ideogramas japoneses pintados.

Por detrás de la tarima se abrió una puerta y aparecieron varias personas. Delante iban dos hombres vistiendo *judogis* blancos. Les seguía una mujer alta y extraña, de aspecto masculinoide, Yukuchi.

Tras ellos avanzaba una japonesa alta, espigada, de largos y negros cabellos. Llevaba una cinta de *samurái* rodeando su cabeza, sujetando el pelo. Su rostro era impenetrable y sus ojos, diminutos. La nariz, aplastada y ancha.

— ¡Hola, Mikedo; hola, Mikedo; hola, Mikedo...! —gritó el gran guacamayo al descubrirla.

Los dos hombres y la mujer rodearon el gran *tatami;* sólo Mikedo pasó por el medio, pisándolo con sus pies desnudos. Se acercaron a las cautivas, pero no demasiado.

—Estoy informada de que sois excelentes *budokas* y como a tales os respeto.

Se inclinó para saludarlas ceremoniosamente.

Las cuatro jóvenes se miraron entre sí y correspondieron al saludo pese a las cadenas que las retenían, unas cadenas delgadas, brillantes, pero terriblemente resistentes al parecer.

—Sé que habéis sido educadas en las Artes Marciales dentro de un lugar llamado Liberty Garden. Salvaréis vuestras vidas si me decís en qué lugar del mundo se halla Liberty Garden.

Las cuatro muchachas se miraron entre sí y ninguna de ellas respondió.

—Es inútil que digáis que no sabéis nada. Estoy informada de que habéis sido educadas en Liberty Garden y quiero que me reveléis su ubicación. Si así lo hacéis, nada es pasará, serán respetadas vuestras vidas y estoy segura de que deseáis vivir.

—No sabemos dónde está Liberty Garden, de verdad —dijo Vanessa sin súplica ni temor, con naturalidad pese a estar sujeta por las muñecas con grilletes.

—Es cierto, allí no se sabe realmente donde está una —añadió la jamaicana Adelaida.

—¡Mentís! Habéis estado allí, habéis llegado a ese; lugar y habéis salido después de pasar años, supongo.

—No sabemos dónde está Liberty Garden, pero aunque lo supiéramos, no lo diríamos. Allí están nuestros hermanos de educación, aquél es el santuario de Moses Pacific Savage.

—Tú eres Vanessa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuál es tu Arte?

—*Karate.*

—¿Qué dan tienes?

—Cinturón negro, segundo *dan.*

—Muy bien. —Se volvió hacia su consejero masculino y le

interpeló—: ¡Topinaga!

—¿Qué deseas, Mikedo?

—Suelta a Vanessa, vamos a luchar en el *tatami.*

—¿Luchar contigo? —se asombró Vanessa.

—Sí, tú y yo. Tus compañeras observarán y recibirán una gran lección que creo que les debe interesar.

Topinaga sacó un llavín y acercándose a Vanessa, le soltó los grilletes, primero uno y luego otro. Las cadenas se soltaron y los grilletes abiertos chocaron contra la pared.

Mikedo retrocedió unos pasos mientras Vanessa avanzó dubitativa hacia el *tatami.* Su indumentaria no era la apropiada para practicar *Karate.*

—¿Es preciso luchar, ahora? —inquirió Vanessa, esperando que aquella situación no fuera otra cosa que el resultado de una desagradable broma.

—Va a ser tu última lucha, emplea tus conocimientos de *Karate* porque ésta será una lucha a muerte. No va a ser *Karate-Do,* sino *Karate* a secas; *Karate* a muerte,

—Yo no quiero matar a nadie.

—Es que yo no voy a dejar que me mates, pero yo sí te mataré a ti, Vanessa. Nunca una occidental, por muy cinturón negro que sea, podrá vencer a una japonesa en *Karate.*

Mikedo hizo una reverencia, anticipo de la iniciación de aquel combate que Vanessa comprendió que no podía evitar.

La joven rumana correspondió al saludo y acto seguido se quitó la ropa, puesto que la que llevaba no facilitaba los movimientos que iba a tener que desarrollar. Quedó en sujetador y panties, ambas prendas de color azul oscuro. La belleza de Vanessa quedó evidente sobre el *tatami.*

Mikedo respetó el tiempo en que Vanessa se desnudó.

—Para luchar con *Karate,* necesitaría un *karategi.*

—No te va a hacer falta —replicó Mikedo.

Saltó de costado y se coleó en la posición *Zenkutsu-tachi,* de forma que iniciaba el combate.

Las dos mujeres, la japonesa y la rumana, quedaron frente a frente y comenzaron a moverse sobre el *tatami*, con los pies desnudos, girando de costado y cambiando de vez en cuando las posturas de sus pies.

Mikedo inició el ataque con unos amagos para tratar de aplicarle una *tegatana* por debajo del esternón.

La mano en forma de espada de la japonesa falló el golpe, pues Vanessa la desvió con el antebrazo al tiempo que le aplicaba un *mawashi-geri* que Mikedo evitó como contraataque.

El golpe de pie de Vanessa también se había perdido en el aire.

Mikedo, al girar, lanzó su codo que encontró las costillas de su adversaria. El *yoko-empi* fue bastante perfecto, pero Vanessa supo saltar y restarle contundencia.

Manos, pies, rodillas, codos y dedos buscaron ávidos a su presa.

Ambas encajaron algunos *tsukis,* mas las dos habían sabido mitigar la fuerza de los golpes y seguían bien.

Mikedo parecía comprender que las cosas se le ponían difíciles. Su técnica era muy depurada, pero Vanessa era más ágil de lo que cabía suponer. La rumana era elástica por naturaleza y se desplazaba sobre el *tatami* con una gran seguridad, transfiriendo el epicentro de su equilibrio de un lugar a otro, por lo que Mikedo no lograba hacérselo perder pese a que se había lanzado en un ataque a fondo.

—¡Yukuchi! —interpeló Mikedo, que pese a atacar no había lanzado ningún *kiai,* como tampoco lo había hecho Vanessa.

La otra japonesa de aspecto masculinoide lanzó por el aire algo que Vanessa no vio bien, pero que Mikedo recogió al vuelo.

Era un pequeño *yawara* de madera de teca, un arma aparentemente inofensiva pero letal, manejada por un *karateka.* Mikedo encerró dentro de su mano aquel bastón haciendo que sobresalieran por los costados las cabecitas de dragón con cantos incisivos.

—*¡Kiaiiii!* —rugió esta vez Mikedo, lanzándose sobre la desconcertada rumana que no pudo evitar que Mikedo, con su mano armada con el mortífero *yawara,* utilizado por los miembros de la Secta del Dragón Bicéfalo, le alcanzara en el pecho y el rostro, de forma tan contundente, que brotó la sangre.

Vanessa cayó doblando sus rodillas y Mikedo alzó la mano armada dispuesta a asestar el mazazo de gracia sobre el cráneo de su contrincante.

—¡Asesina! —gritó Françoise, más vehemente que Korai e incluso que Adelaida, la cual luchaba inútilmente por quitarse los grilletes.

Vanessa, caída, aturdida, no reaccionaba.

Mikedo no descargó el golpe mortífero que habría de partir el cráneo a su adversaria en la desigual lucha. Dio la vuelta, fue hacia su butaca de cuero y señalando a la rumana, gritó:

—¡“Vermelho”, mata; “Vermelho”, mata!

El gran guacamayo brasileño saltó desde lo alto de su soporte, en un corto vuelo con sus grandes alas rojas y blancas.

Cayó sobre Vanessa y cuando la joven quiso recuperarse, el pico del enorme pájaro le abrió la garganta, haciendo que la sangre escapara a borbotones.

—¡“Vermelho”, mata; “Vermelho”, mata! —insistió Mikedo.

El ave volvió a hurgar con su poderoso pico en la garganta de

Vanessa que no pudo escapar a aquella muerte.

—¡Asesina, asesina! —gritaba Françoise hasta enronquecer, con las pupilas desorbitadas.

Vanessa, con la garganta abierta y el guacamayo aleteando sobre ella, se moría, tiñéndolo todo de rojo.

—¡Asesina, asesina, asesina! —chillaban desesperadamente las tres jóvenes *budokas,* viendo expirar a su compañera, casi desnuda, bajo el pico mortífero del gran pájaro. La piel de Vanessa, sus cabellos negros, se habían empapado de sangre.

Mikedo apartó con la punta del pie una especie de esterilla que había delante de su butaca y luego oprimió lo que parecía un resorte. De inmediato, Adelaida, Korai y Françoise quedaron entre aterradas y estupefactas mirando sus muñecas, sujetas por los grilletes.

Sintieron un cosquilleo perfectamente reconocible. Les estaban enviando un fluido de corriente eléctrica. Entraba en sus cuerpos por una muñeca y salía por la otra.

La corriente era de bajo voltaje, pero, desgraciadamente, el voltaje fue subiendo de forma progresiva.

—¡Tenéis que decirme dónde está Liberty Garden!

—¡Nunca, nunca! —gritó Adelaida con fiereza.

— ¡Gritad, malditas, gritad, seguro que aquí no os va a oír nadie!

El voltaje aumentó y con él, la tortura que se infligía a las tres muchachas secuestradas y encadenadas que comenzaron a retorcerse de dolor sin poderse liberar de aquellas cadenas por las que les llegaba el fluido eléctrico, cada vez con mayor intensidad.

CAPÍTULO V

A través de los cristales que le separaban del quirófano, Moses P. Savage, con sus ojos verdes algo oblicuos, observaba la marcha de la intervención quirúrgica.

Sobre la mesa de operaciones, un cuerpo humano casi gigantesco, un cuerpo que no era usual encontrar en una mesa como aquella que, por precaución, había sido reforzada para que no fallase alguno de sus resortes de articulación en el momento más delicado de las múltiples intervenciones que tenían que realizarse.

Detrás de Savage se abrió una puerta y apareció una mujer de estatura media, rubia y de cabellos cortos pero abundantes.

Debía de tener ya cuarenta años, pero los llevaba muy bien. No se podía decir que fuera hermosa, pero resultaba incluso atractiva pese a la sobriedad de su traje sastre.

Tenía unos ojos que todos tachaban de fríos, pero en aquellos instantes parecían preocupados, amistosos y casi maternales. Llevaba un bolso colgado del hombro con correa larga y en las manos unos folios que parecían contener información policial.

—Savage...

El joven de nacionalidad estadounidense se volvió. Ni él mismo sabía si era norteamericano, de raza blanca, una mezcla de japonesa y norteamericano o bien poseía en sus venas más sangre nipona que otra cosa.

Algunos antropólogos habían observado que el ambiente hace al hombre, le imprime carácter y hasta aspecto. Savage se había educado en su niñez en Okinawa; había acudido a la escuela para niños de militares norteamericanos, mas había mantenido una doble vida educándose con japoneses y especialmente okinawenses.

Savage se había inclinado preferentemente por la educación nipona; era menos libre pero parecía más sincera.

Savage tenía cierto aspecto de japonés dejando a un lado su elevada estatura; sin embargo, sus ojos intensamente verdes delataban que por sus venas corría sangre anglosajona.

Las mujeres, al mirarle, no dudaban que Savage tenía una *charme* irresistible, tanto para las jovencitas como para las cuarentonas como la que acababa de entrar en el mirador del quirófano.

—¡Hola, capitán Colbert!

La mujer policía que llevaba sobre sus espaldas todo el peso de la organización del festival de Artes Marciales Orientales para féminas, preguntó:

—¿Cómo va la intervención?

—Hasta que terminen con Ricky, nada sabremos, sólo veo que el corazón le funciona y está vivo. Lo que sucederá después, ¿quién lo sabe?

—Cinco balazos son demasiados, por muy grande que sea. La verdad es que parece un gigante.

—Sí, no es fácil encontrar a otro hombre que sin grasa en su cuerpo pese más de ciento ochenta kilos y mida dos metros diez centímetros.

—¿Crees que saldrá adelante?

—Ya tiene seis cicatrices de balazos en su cuerpo, y vive. Confío que en esta ocasión no le hayan causado ninguna herida de tipo mortal.

—Lo habrán tatuado a balazos.

—Eso parece —suspiró Savage—. A Ricky, como se le teme por su aspecto y por su terrible fuerza, no se le suele disparar un solo tiro. Todos los que le disparan vacían sus cargadores contra él. La verdad es que se aterran, cogen pánico y parece que su dedo sufre contracciones espasmódicas sobre el gatillo. Espero que su enorme vitalidad le permita resistir; es un hombre que vale mucho, más de lo que algunos creen al conocerle. Piensan que por su hablar entrecortado, casi tartamudeo, es algo así como un subnormal y nada más lejos de la realidad. Una calculadora de bolsillo no le gana haciendo cálculos matemáticos y posee una memoria fantástica, tan fuera de lo normal como su fuerza, y es incapaz de ninguna maldad.

—Todos deseamos que salga de ésta, pero debes dejar todo este asunto para la policía. No hagas ninguna investigación paralela, tenemos grandes investigadores.

—No lo dudo —dijo apacible, sin aparente irritación.

No obstante la mujer, con su intuición femenina, captaba que Savage estaba lleno de una gran rabia por lo sucedido, pero no lo manifestaba lo más mínimo porque poseía un autocontrol insuperable.

—El policía que encontraron muerto era falso.

—Era de suponer.

—Sí, ha muerto desnucado. No tenía antecedentes penales y se está tratando de identificar. Nadie ha preguntado por él.

—¿No hay nada que permita deducir de quién se trata?

—Por ahora, no, pero la investigación sólo ha hecho que comenzar. También se ha encontrado el automóvil utilizado; era un modelo igual a los empleados por la policía, pero pintado para que fuera confundido con un coche policial. Le habían añadido los

accesorios de luces y demás para darle un aspecto lo más semejante posible a los coches patrulleros, pero también era falso. El pintado fue echo a toda prisa.

—¿Y las chicas?

—No se sabe nada de ellas, Savage, ni rastro, y será mejor que la noticia de su desaparición no trascienda a los medios de información, por lo menos hasta que la investigación haya terminado.

—Comprendo, podría afectar al festival de *budokas* femeninas.

—Así es. El festival ha de comenzar, desarrollarse y concluir con la máxima normalidad. Ya tenemos a muchas entidades conservadoras misóginas en contra para que, encima, les demos carnaza que morder.

—¿Se ha sabido algo de Juanito Chancleta?

—No. El puertorriqueño ha desaparecido, igual que las cuatro muchachas, no se sabe nada de él. Se supone que iban dos vehículos. Si Ricky se recupera y puede contarnos algo de lo sucedido, nos ayudará mucho. No hubo testigos o por lo menos, no los hemos encontrado. —Hizo una pausa y le cogió por el brazo—. Savage, tú sabes algo, ¿verdad?

—¿Yo? Estoy tan sorprendido por lo ocurrido como vosotros, los de la policía.

—Es que tú puedes suponer quiénes han raptado a las chicas y han disparado contra Ricky. Aquí hay varios delitos juntos que tiene que investigar la policía metropolitana de New York. El teniente Warrek quiere hablar contigo.

—¿Lleva él la investigación?

—Sí. Me ha proporcionado algunos informes porque sabe que esas cuatro muchachas iban a participar en el festival y que lo sucedido puede tener algo que ver con el festival, que incluso pueden tratar de boicotearlo. El comisionado se ha enterado de la noticia y me ha ofrecido refuerzos para proteger el polideportivo, pero necesito saber más, Savage, y estoy segura de que tú sabes mucho.

—Yo tengo enemigos, capitán Colbert.

—Vamos, no me llames capitán Colbert, me haces más vieja de lo que soy y ya tengo bastante con que las agentes jóvenes me llamen *la vieja.*

—He publicado muchos reportajes aireando delitos sociales, denunciando a déspotas, a mañosos, a situaciones sádicas y de esclavitud. Lógicamente, debo de tener muchos enemigos.

—Ya lo sé, tú siempre andas metido en problemas. Nadie se atreve a hacer por televisión, radio o en la prensa, las denuncias que tú haces y tan a fondo, con pruebas, con fotografías, con filmaciones y grabaciones.

—Creo que este asunto es algo personal; no va contra el festival de *budokas* femeninas ni contra la policía, podéis estar tranquilas en

ese aspecto. Pienso que quieren atacarme a mí directamente.

—¿Y para hacerte daño a ti han raptado a las chicas?

—Es posible. Hasta que no digan nada, yo no sabré nada tampoco. Tiene que ser una banda muy organizada. Las cuatro muchachas eran muy expertas en sus respectivas artes marciales y dominarlas no es tarea fácil.

—Que sepamos, no están heridas. En el suelo no había más sangre que la de Ricky y el falso policía que hallamos muerto y dentro de tu automóvil “Daymio” tampoco hay rastro alguno de sangre, ni siquiera de violencia, por lo que cabe suponer que fueron atacadas fuera del coche, cuando paseaban por Battery Park, cerca del mirador del estuario.

—Hablaré con el teniente Warrek, soy responsable de esas jóvenes. Las cuatro tenían pasaporte, documentación como extranjeras. Me temo que si la noticia trasciende, varias embajadas extranjeras van a intervenir en este asunto.

—Por eso es mejor que esperes un poco para dar la noticia, Savage. El teniente Warrek es muy efectivo.

—Confiaré en el. ¿Cuándo estará disponible mi coche “Daymio”?

—Está en las cocheras de la policía, lo están revisando. La verdad es que les parece un coche muy singular y dicen que tiene cosas que no entienden para qué sirven.

—Es un automóvil construido artesanalmente, no ha salido de ninguna cadena de montaje. Si algún fabricante quiere copiarlo, que lo haga. De todas maneras, no sacarán otro igual al “Daymio”, les resultaría demasiado caro.

—Sí, es un coche muy espectacular y potente. Dicen que puede subir por todas partes.

—Sí, hasta escaleras y cierra tan hermético que a pesar de su gran peso, flota, y si choca, tiene la resistencia de un camión. Su depósito de carburante es de capacidad doble de lo normal en otro auto de su cilindrada y tiene blindaje antibalas. Aunque vuelque el coche, no es fácil que estalle el depósito de gasolina. Tiene una doble válvula de seguridad que, en el supuesto de que saltaran los manguitos de conexión de los tubos que, por otra parte, están reforzados, cierra el depósito y no sale ni una gota más de combustible.

—Un coche muy seguro.

—Lo es, seguro y potente, con una gran autonomía y múltiples posibilidades. Espero que los de la policía no me lo desmonten para buscar los secretos de lo que vosotros consideráis extraños artilugios.

—Veré de que te lo entreguen cuanto antes, puesto que no hay huellas extrañas ni sangre que pueda arrojar una pista.

—Gracias.

—Mira, parece que han dado por terminada la operación —

señaló la capitán Colbert.

Entre todos los miembros del quirófano trasladaban la gran masa humana de Ricky desde la mesa de operaciones a la camilla reforzada que habría de sacarle de la sala. Tenía puestas sondas en la nariz, en la boca y el gota a gota inyectado en su brazo.

Les tres cirujanos que habían tomado parte en la operación se veían agotados. Los tres habían intervenido en sus diversas especialidades debido a la distinta localización de las balas que habían penetrado en el cuerpo del gigante japonés.

—Vamos a ver —dijo la capitán Colbert.

Se acercaron a Ricky que estaba rodeado de personal vestido de blanco, hombres y mujeres. Tras observar que seguía inconsciente, se fueron a ver a los cirujanos que se estaban lavando.

—Doctor, ¿cómo ha ido la operación?

El jefe médico que había dirigido la múltiple intervención miró a Savage y observando que su aspecto recordaba algo a un oriental, preguntó:

—¿Es pariente suyo?

—Como si lo fuera, yo voy a pagar las facturas.

—Entonces, sí es como si lo fuera.

—Doctor, soy la capitán Colbert —se autopresento la mujer rubia.

—Mucho gusto, capitán. Muéstrele las balas —ordenó a sus ayudantes.

Pasaron un platillo con cinco proyectiles.

—¿Todo esto le han sacado? —se asombró la capitán.

—Todo esto. Es un ser excepcional; no podremos decir que ha salido de peligro hasta dentro de veinticuatro horas, pero el que todavía esté vivo ya es un milagro. Sólo un cuerpo gigantesco como el suyo podía resistir lo que él ha soportado. Lo han cosido a balazos y heñís observado que ya tenía otras cicatrices.

—Sí, de otros encuentros desagradables. Doc, ¿le quedará alguna secuela? Ya me entiende, cojera, etcétera.

—No, no tema, si se salva no le quedará ninguna minusvalía, pero primero esperemos que se salve. La verdad es que la abundancia de carnes que tiene y además unas carnes tan duras, han actuado de freno para los proyectiles. Es como si tuviera un blindaje natural, antibalas. Posiblemente le ha salvado el que al recibir los tires debía de tener todos los músculos en tensión máxima, como realizando un gran esfuerzo. Eso ha hecho que las balas no horadaran mortalmente su cuerpo. Es como cuando se clava una aguja hipodérmica; si el músculo se tensa, la aguja no entra bien, se puede doblar con facilidad, mientras que si la carne está relajada, la aguja penetra sin problemas. En fin, no puedo decirles más. Deberá pasar a una

habitación de cuidados intensivos con cámara de respiración artificial. Dentro de veinticuatro horas podremos decir algo. Antes, sería mejor que no se le molestara; si no tiene las plaquetas coagulantes perfectas, que por los análisis hechos rápidamente parece que sí, aunque en estos casos extremos de intervención a tumba abierta siempre queda la duda, podría tener hemorragias internas. Ahora, nos disculparán.

—Sí, doctor.

La capitán Colbert y Savage salieron del hospital. Nada podían hacer allí.

—¿Te llevo en mi coche? —preguntó la mujer.

—No es necesario, tengo uno comprado de segunda mano.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo en New York?

—No lo sé, pero si no me hace falta ese coche que he comprado, ya lo venderé. Es más barato comprar y vender los coches para utilizarlos durante algún tiempo que alquilarlos.

—¿Quieres que cenemos juntos?

Savage miró a los ojos de la capitán Colbert; parecía querer ganarse no sólo su amistad sino algo más.

—Gracias, pero no te molestes, tengo algunas cosas que hacer.

—¿Comenzar tu investigación paralela a la de la policía?

—No se lo digas al teniente Warrek, se molestaría.

La besó en ambas mejillas, alejándose después de ella.

CAPÍTULO VI

Uhla realizaba las *katas* de *Karate* con actitud distraída, como pensativa.

Sus ojos no tenían mirada fija y por ello se detuvo justo antes de tropezar con la mismísima Mikedo que se le había colocado delante, interrumpiendo su avance en la *kata.*

—¿Qué te sucede, Uhla?

—¿A mí? Nada, estaba practicando las *katas;* falta muy poco para el festival.

—Es bueno realizar las prácticas y también algunos combates para que estés en forma. Exijo que mis alumnas participantes en ese festival, que aparecerá en las televisiones de todo el mundo, sean las mejores. Tú eres una *karateka* excelente.

—Lo haré lo mejor que pueda —replicó Uhla.

—¿Lo que puedas? Una *budoka* debe estar más atenta a las *katas* y no pensar en nada, aparte de lo que está haciendo. Debe realizar cada uno de los ejercicios sin vacilaciones —replicó Mikedo con tanta acritud que las demás alumnas del Spirit Japan's House se detuvieron para observarlas.

Todas estimaban a Uhla y conocían la dureza de aquella mujer que no sonreía nunca.

—Creo que no lo he hecho mal hasta ahora. No he perdido ninguno de los combates que me ha preparado.

—Hasta ahora; puede que el próximo sea el primero.

—No lo creo.

—¿Ah, no? —Se volvió, ordenando—: ¡Que el *tatami* principal quede libre!

No sólo se apartaron del *tatami* central de competiciones que tenía la gran sala de los cinco *tatamis,* sino que se fueron acomodando para presenciar un combate.

—¿Quién va a luchar conmigo?

—Yo.

Uhla miró a Mikedo, un poco desconcertada. Sabía que Mikedo era una brillante luchadora en varias de las Artes Marciales. Era una *budoka* superdotada, pero había algo muy temible en ella, y es que siempre se tomaba los combates muy en serio, como si se tratara de un duelo a muerte.

—Bien, nunca he combatido contra usted, Mikedo.

—Ahora podrás hacerlo y me demostrarás que no estás ausente.

Se colocaron en el gran *tatami* y se inclinaron ceremoniosamente en el *reí* o saludo.

Inmediatamente después, se situaron en posición de combate buscando el equilibrio para evitar ser derribadas y, al propio tiempo, impedir que la adversaria marcara los golpes que la darían como vencedora.

Ambas se sabían muy expertas en *Karate.*

Uhla era más alta, los rasgos étnicos de las dos eran totalmente distintos. La japonesa era raza pura, Uhla, no. Uhla tenía sangre de dos continentes y una elasticidad de guepardo; sin embargo, Mikedo no parecía tener que pensar para lanzar sus ataques combinados, manos, codos, rodillas y pies trataban de entrar con la precisión que mandaba la ortodoxia más depurada,

Resultaba dificilísimo zafarse de aquellos impactos, mas Uhla lo conseguía moviéndose con mucha celeridad, girando sobre sí misma, desplazándose sobre la punta de un pie, ahora sobre el otro...

—*¡Kiai!* —gritó Uhla, sin conseguir acertar con un *uraken* en las sienes de la japonesa.

Esta supo inclinarse a tiempo y de lado, con el canto de su mano, aplicó un *haito-uchi* en el costado de Uhla que ésta encajó con un gesto de dolor.

Ella, como todas las *budokas* que presenciaban el combate, esperaba que Mikedo sólo marcara el golpe como estaba ordenado en el *Karate-Do,* pero no lo había hecho así, pues el golpe aplicado había sido contundente.

Uhla tuvo que saltar, porque el talón desnudo de Mikedo buscó su plexo solar. Uhla logró cogerle el pie con las palmas de sus manos y hacerla saltar por los aires.

Mas, corno si fuera un felino, Mikedo no se desequilibró. Dio una vuelta sobre sí misma, como una gimnasta circense, y volvió a caer en pie, girando tan rápidamente y lanzando su talón por lo alto en un perfecto *yoko-geri* que alcanzó a Uhla en el mentón.

Uhla encajó el impacto de forma sorpresiva y se vino al suelo cuan larga era.

Se produjo un gran silencio en la sala grande del Spirit Japan's House.

En otra ocasión, la victoria habría sido aplaudida, pero las alumnas no esperaban de su Sensei un golpe tan rudo a una de sus alumnas y muchísimo menos cuando estaban practicando y no tenían por qué desatarse los nervios que, por otra parte, una *budoka* debía de tener siempre controlados aunque se viera vencida por su contrincante. La victoria era siempre muchísimo menos importarte que el respeto a la adversaria.

—¿Ves, Uhla, como estás torpe y distraída? Estás pensando en algo que no corresponde. Tómate un día cíe tranquilidad —le fue diciendo Mikedo, mientras la hermosa afroeuropea la miraba, incrédula—. Para estar en forma has tomado vacaciones en tu empleo; aprovecha para centrarte un poco. Te recomiendo que pasees por un lugar despejado, con aire puro. Pasado mañana, vuelve. Dentro de cuatro días es el festival y debes estar completamente en forma. Ahora, ya puedes ir a los vestuarios. Si te notas herida, llamaremos al *doc*.

—No, no hará falta —repuso Uhla tocándose el mentón que le dolía profundamente, lo mismo que la unión de las mandíbulas.

No quiso decirle nada más ni replicarle. Se levantó y mientras se encaminaba a los vestuarios, se produjo un espontáneo aplauso de sus compañeras.

Se quitó el *judogi,* quedó desnuda y avanzó hacia la ducha. Se cubrió el largo y negro cabello con un protector plástico y soltó el agua fría. Con ella quería congelar toda la rabia que sentía en aquellos momentos.

Mientras el chorro de agua golpeaba su rostro, resbalaba sobre sus pechos, bajaba por su sedosa piel y se deslizaba por los muslos hasta perderse por sus pies en dirección al sumidero, Uhla se fue tranquilizando. Sintió que odiaba a Mikedo y se dijo a sí misma:

"¡No volveré más, no volveré más!"

La boca se le llenó de agua y la escupió hacia afuera, alcanzando en parte a una mujer que se había puesto delante de la ducha sin puerta.

—Disculpa —dijo, viendo que la había mojado.

—No tiene importancia —respondió Yukuchi, que la observaba con sus ojillos diminutos.

—¿Qué pasa, qué miras?

—Miraba por si te había hecho daño. ¿Dónde te ha dado; aquí?

Metió la mano hasta el costado de Uhla, la cual le aplicó un *ate* al antebrazo, apartándola.

—¡Fuera, no me toques! ¿Por qué no vas a sobar a tu ama? ¡Fuera!

En el rostro de aquella japonesa masculinoide apareció un atisbo de sonrisa. Después se inclinó ceremoniosamente ante Uhla.

—Te pido disculpas. Quiero ser siempre tu amiga; cuando tengas problemas, sería un honor para mí poder ayudarte.

Uhla ni le prestó atención. Se secó, se vistió y con su bolsa de deporte, abandonó la Spirit Japan's House que se hallaba en la primera subplanta de un pequeño rascacielos de treinta pisos.

— ¡Uhla!

—¡Savage!

Estaban en el *show-center,* en la planta baja del rascacielos.

—Quería comprar algunas cosas para una cena fría entre dos. ¿Me ayudas?

—Sí, claro —aceptó Uhla colocándose junto a él.

—Elige tú misma.

— ¿Yo? Depende del apetito y los gustos que tenga la otra persona con la que vas a cenar.

—Eso lo sabes mejor que nadie; eres tú la que va a cenar conmigo y será en la intimidad.

—Verás, Savage, no tengo mucho apetito, ahora.

—¿Te sucede algo?

—Me duele el costado y la mandíbula, he recibido un mal golpe haciendo prácticas. Ya sabes, un accidente puede tenerlo cualquiera.

—Si sólo ha sido un accidente... Bien, puedes escoger algo ligero, un puré de papas y lentejaˆ por ejemplo.

—Pero ¿dónde lo guisaremos? Por lo menos hay que calentar agua.

—En tu apartamento.

—Aguarda, aguarda... ¿Cómo has dado conmigo?

—Tú misma me dijiste el nombre del gimnasio donde practicabas.

—Vaya, sí que fui locuaz.

—¿Vamos a tu apartamento?

—No, mejor que no.

—Entonces, no compremos nada; ya pediré una cena en mi hotel. Allí no estaría bien que nos pusiéramos a cocinar.

Uhla sonrió y le cogió por el brazo, como dando el visto bueno.

—¿Dónde tienes tu coche?

—En un parking, a dos cuadras de aquí.

—Pues, vamos.

Con el “Mercedes” *coupé* 350 SLC, se dirigieron al hotel. Subieron a la habitación y Savage levantó el teléfono pidiendo le pusieran con el servicio para habitaciones.

—¿Qué pido?

—Algo que no tenga que mascar. Creo que mañana tendré la mandíbula muy dolorida y el costado también.

—¿Ha sido en combate?

— ¡Aja!

—¿Una compañera?

—No, la mismísima Mikedo, la Sensei del gimnasio. Es una mujer encantadora, que seguro a ti no te encantaría.

—La conozco, la vi combatir en Tokio y también en alguna otra parte. Nunca la he visto derrotada.

—Entonces es ella. Lo que me pregunto es si quiere dejar tan

alto el pabellón de su Spirit Japan’s House por qué no se presenta ella a combatir y me deja a mí a un lado.

—A lo peor tendría que combatir en todas las disciplinas y eso no está permitido en el festival. Se pretende ver *budokas* brillantes, es cierto, pero no *budokas* que sean la excepción. Cuantas más a demostrar su arte en la lucha, mejor. Así, los muchachos de la Prensa no podrán destruir vuestra imagen femenina diciendo que sí, pero que no es para tanto, porque sólo hay una o dos excepciones,

—Hablas casi como si formaras parte de las Redstockings, Citywide Women’s Lib, las Berkeley Liberation Front o cualquier otro grupo de esos del movimiento feminista que reivindica a la mujer en Estados Unidos.

—Mira, yo me pongo siempre del lado de lo que considero justo y que las mujeres pidan igualdad me parece justo. Por supuesto, no me voy a poner del lado de esos grupos de mujeres radicales que piden algo así como la esclavitud del hombre.

—¿Para nevárselo a la cama cuando les parezca, como hacían los machistas de otros tiempos con sus esclavas?

—Algo así, Uhla, pero eso ya pasó, para bien de toda la Humanidad. Ahora, el poder y la guerra no están basados en la fuerza muscular sino en la ciencia y la astucia y en todo esto, las mujeres no tienen por qué envidiar a los hombres.

Les sirvieron una cena frugal, que no se tuviera que masticar, como había pedido Uhla.

Situados frente a frente, mientras brindaban con un burbujeante champaña californiano, Savage dijo:

—Ahora, espero que seas sincera conmigo.

—¿Acaso no lo soy?

—Mírame a los ojos, Uhla.

Ella le miró directamente, sin pestañear, desde el otro lado de la mesita. Medio sonriendo, pese al dolor que notaba cada vez más fuerte en la unión de sus mandíbulas, preguntó:

—¿Así está bien?

—Uhla, ¿dónde están?

—¿Dónde están quiénes?

—¿No lo sabes?

—Savage, creo que estás pensando que yo sé algo, que, en realidad, ignoro.

—¿No conoces lo que ha ocurrido?

—La verdad, no he leído ningún periódico si a eso te refieres y, que yo sepa, no se van a suspender los festivales.

—Uhla, mis cuatro amigas que iban a participar en ese festival han sido secuestradas.

—¿Secuestradas? —La sonrisa se borró de su rostro y a Savage le

pareció sincera—. ¿Crees que la Secta del Dragón Bicéfalo podría tener algo que ver en eso?

—Sí, creo que mucho.

—No sabía nada, te lo juro. ¿Cuándo y cómo ha sido?

—En Battery Park. Juanito Chancleta, el puertorriqueño, ha desaparecido y a Ricky, el japonés luchador de Sumo… ¿Lo recuerdas?

—Claro. ¿A quién se le despinta un hombre de su tamaño?

—Le han metido cinco balas en el cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Lo han matado? —exclamó con verdadero dolor en su rostro.

—Lo he dejado en el hospital, lo han intervenido. La policía se ha quedado los cinco plomos que le han sacado del cuerpo. Los médicos opinan que si resiste veinticuatro horas, escapará al peligro.

—Está vivo, entonces.

— Por ahora, gracias a su enorme vitalidad.

—¿Lo ves, Savage, lo ves? Te advertí que en New York, los de la secta te atacarían hasta destruirte.

—Uhla, si tú sabías que me esperaban, es que sabías mucho.

—Te dije que me enteré por casualidad.

—¿Quieres que ocurra como la vez anterior? Creí que te habías liberado de esa secta de asesinos a sueldo que generalmente emplea el *yawara* para matar.

—Me liberé de ella, ya lo sabes, ya no soy uno de sus miembros.

—¿Cómo lo has averiguado, entonces, en el Spirit Japan’s House?

—No.

—¿Entonces?

—Está bien, está bien, le sorprendí a Sumie una conversación telefónica, eso fue todo.

—¿Quién es Sumie?

—Mi compañera de apartamento. Ella me ayudó a venir a New York, hasta me buscó empleo. La tengo por una gran amiga, por eso no quiero que se vea implicada.

—Sumie, tu compañera, ¿es miembro de la Secta del Dragón Bicéfalo?

—Sí. Al principio no lo supe, la conocí en los *dojos* de París. Ella se mostró muy gentil conmigo, yo creo en su amistad.

—¿Y ahora que ha entrado en acción?

—Ella sola no ha podido ser…

—No, claro que no, sola no podía. ¿Vas a llevarme con ella?

—Está bien. Después de todo, al principio yo le hablé de ti y ella sabía que… Bueno, ¿qué importa ahora decir que le expliqué que te amaba? —Rehuyó la mirada masculina y prosiguió—: Si ella sabía eso, no tenía que haberte atacado. Vamos a mi apartamento; no deseaba

mezclarla en este asunto, pero veo que es inevitable.

—Este asunto es como un gran charco de lodo. Si pasas con un coche a velocidad sobre él, salpicas a tu alrededor, manchando a los que se encuentran cerca, les guste o no. Vamos.

Convencida ya Uhla de que debía colaborar abiertamente con Savage para averiguar lo ocurrido y liberar a las muchachas raptadas, salieron del Cherry Hotel.

A bordo del "Mercedes" deportivo gris perla se dirigieron al apartamento de Uhla que se hallaba en el Bronx.

Savage siguió las indicaciones de la afroeuropea y no tuvieron problemas.

Subieron al apartamento y una vez dentro, Uhla llamó:

—¡Sumie, Sumie!

Se adentraron en el pequeño apartamento sin descubrir a nadie. Todo estaba en orden, pero Uhla observó:

—Se ha ido.

—¿Se ha llevado sus cosas?

—Parece que sí.

Registró los armarios, comprobando que se había llevado hasta su maleta. No quedaba ni un frasquito de perfume que perteneciera a Sumie.

—Se lo ha llevado todo, todo. Es cierto lo que tú decías, Savage, ella ha participado y quizá ha debido de pensar que yo la delataría.

—Si ella pertenece a la secta, sabría muy bien que estaríamos juntos.

De pronto, sonó el timbre del teléfono que había en el apartamento. Los dos se lo quedaron mirando con fijeza.

—¿Qué hago?

—¿Será Sumie?

—Quizá, o puede que sea alguno de los hombres con los que salía.

El timbre seguía repiqueteando con insistencia.

—Responde con toda naturalidad.

Uhla descolgó el auricular,

—¡Alló...!

—¡Hola, Uhla!

—¡Sumie!

—Dile a tu Savage que se ponga.

—¡Sumie, Sumie! ¿Qué habéis hecho?

—Uhla, no te pongas histérica y dile a Savage que se ponga al teléfono. Sé que está ahí junto a ti; sabía que me traicionarías.

—¡Sumie, lo que habéis hecho...!

—Cállate, Uhla. Dile a Savage que se ponga o cuelgo.

—¡No, no, espera! —Volviéndose hacia el hombre le entregó el

auricular—. Es Sumie.

Savage asintió con la cabeza y dijo:

—Te escucho, Sumie.

—Savage, óyeme bien —dijo la amiga oriental de Uhla desde el otro lado del hilo telefónico.

—Habla, te escucho.

—Si quieres volver a ver con vida a tus muchachas, tendrás que decirme lo que te pida.

— ¿Y qué es lo que pides?

—Que me digas la situación exacta de Liberty Carden. Es muy sencillo para ti.

—Decir dónde está Liberty Garden sería corno asesinar a todos los que están allí forjándose como ciudadanos del mundo, ciudadanos honestos y no asesinos a suelde como vosotros.

—Somos poderosos e indestructibles.

—Nadie es indestructible.

—Tú te convencerás de ello.

— ¿Dónde está el puertorriqueño?

—Debe estar flotando en el estuario. Lo lanzaron al agua per encima de la verja, dijeron que pesaba muy poco. Sólo están secuestradas las *budokas.*

—No diré nada

—Como gustes, Savage, hasta la próxima llamada, entonces —le dijo con una voz que sonó sarcástica aun a través del hilo.

Savage escuchó el pitido del teléfono después de ser colgado al otro lado de la línea. Pesadamente, lo ahorquilló.

—Tu amiga parecía enterada de muchas cosas.

—Sí, ahora me doy cuenta de que me ha estado utilizando —suspiró Uhla.

—Posiblemente conocía tus encuentros conmigo y les has servido para seguirme la pista.

—Si querían matarte, podían haberlo hecho ya.

—Es posible, pero muerto no podría decirles dónde está Liberty Garden y vivo, sí.

— ¿Y si las muchachas secuestradas hablan?

—Ellas no hablarán.

— ¿Por qué estás tan seguro?

—Aunque lo supieran, estoy seguro de que no lo revelarían, pero es que lo ignoran.

—Entonces, es que quieren que se lo digas tú.

—Sí, es posible que hayan pensado que aun secuestrándome y aplicándome tormento yo no diría nada.

—Y suponen que por salvar a tus muchachas terminarás hablando.

—Es posible que lo crean.

— ¿Y tú lo harás?

— ¿Qué harías en mi lugar?

—Hablar. Los de la secta no tienen piedad; han recibido dinero por destruirte a ti y a tu Liberty Garden y tienen que llevar a cabo su trabajo.

—Si hablara, podrían matar lo mismo a las cuatro chicas y además moriría mucha gente en Liberty Garden.

— ¿Crees que lo atacarían?

—Hoy en día hay muchos medios sofisticados para atacar un lugar como Liberty Garden sin llamar la atención de nadie más.

— ¿Cómo?

—Una bomba de gas letal o la dispersión de virus o bacterias mortíferas que, desgraciadamente, los científicos militares han producido en abundancia. Yo no puedo saber de qué medios disponen. En este maldito planeta, todo lo que puede hacer daño se puede comprar. No debo arriesgar todas las vidas de Liberty Garden. Esos muchachos son la semilla de los ciudadanos del mañana. Sé que hay muchos seres por el mundo que son puros, tan honestos como los que están en Liberty Garden, pero allá se preparan además para luchar sin ira, para defenderse y atacar si es preciso. Eso les hace muy peligrosos y los que manejan el mundo para lucrarse o satisfacer sus bajas pasiones y vicios particulares, lo saben, por eso pagan para que Liberty Garden sea destruido y no constituya un peligro para ellos. Piensan que ahora Liberty Garden es joven, apenas está naciendo, como una célula que en años venideros puede multiplicarse y así cundir el ejemplo entre los jóvenes del mundo para ser más sinceros y preparados para la lucha sin hacer ninguna clase de chantajes ni terrorismos al uso, sólo dando la cara y denunciando lo que ocurre y quiénes son los responsables, levantando las losas de los sepulcros blanqueados. No, no puedo arriesgar a Liberty Garden.

—Entonces, ¿vas a dejar a las muchachas a su suerte?

—Tampoco. Lucharé hasta dar toda mi sangre si es necesario.

—Creo que sabes muy bien lo que haces, Savage. Yo estoy contigo, lucharé a tu lado si me dejas hacerlo.

—Tú has de participar en el festival; la capitán Colbert me ha pedido que lo sucedido no trascienda a los medios de información. Asaltos, crímenes y toda clase de delitos ocurren en New York a diario y en cantidad; pero a este suceso se le podría dar una trascendencia antifeminista que la capitán Colbert no desea en estos momentos.

—Tengo un día completo de libertad. Había pedido permiso en mi oficina para no acudir en una semana y he recibido estos golpes de que te he hablado, Mikedo me ha dado un día completo de permiso, recomendándome que vaya a respirar aire puro.

—Si quieres estar a mi lado, puedes hacerlo. La policía investiga y yo voy a llevar una investigación paralela. Ahora, me gustaría que me acompañaras.

— ¿Adónde?

—A la Morgue.

— ¿Para qué?

Savage le rodeó la espalda con su brazo, empujándola suavemente hacia la puerta.

—Allí hay un cadáver; me gustaría que le dieras un vistazo, por si lo reconoces.

— ¿Y quién es?

—No lo sabe ni la policía, es uno de los raptores.

—Está bien —aceptó con un suspiro—, pero no creo que le conozca.

Abandonaron el apartamento y fueron hacia el coche. Savage se detuvo bruscamente y pidió:

— ¡Quieta!

— ¿Qué ocurre?

La portezuela del coche ha sido forzada, no te muevas.

Con precauciones, el hombre se acercó al automóvil estacionado en la calle. Abrió la portezuela violentamente, mas no había nadie dentro, sólo un maletín del tipo fin de semana.

— ¿Hay alguien, Savage?

—No, pero han dejado algo. No te aproximes, puede ser una bomba.

Savage sabía que se estaba jugando la vida si se trataba de un artefacto explosivo; no obstante, se expuso y abrió el maletín. Tras ver lo que contenía, cerró los ojos, no quiso verlo y volvió a cerrar. Uhla corrió hacia él.

—Savage, Savage, ¿qué es?

—Entre la Secta del Dragón Bicéfalo y yo, habrá en le sucesivo, una lucha a muerte, sin cuartel.

—Pero ¿qué hay, qué hay?

—La cabeza de Vanessa. La han decapitado.

CAPÍTULO VII

Juanito Chancleta se veía infinitamente diminuto en medio de una gran tempestad oceánica.

Gigantescas olas que semejaban adquirir formas monstruosas se elevaban sobre él para caerle encima corno miríadas de toneladas de agua salobres que lo hundían en lo más abismal de las profundidades marinas, allí donde todo era negro porque no había luz alguna que pudiera reflejarse en las rocas, en la materia, en los seres infernales que, paradójicamente, podían vivir en las profundidades y tenían grandes y horribles ojos o carecían totalmente de ellos, supliéndolos con largas y viscosas antenas que se desplazaban en todas direcciones como patas de pulpo.

Nadaba y nadaba, con millones de metros cúbicos de agua encima.

Perdía la noción de lo que era arriba y abajo; no sabía si él mismo nadaba hacia su propia muerte o en busca de su liberación, pero nadaba y su pecho semejaba ir a estallar de un instante a otro.

Su tórax, no muy grande debido a su anatomía más bien pequeña, parecía ya una bomba llena de gas, a punto de reventar.

Tuvo la impresión de que los ojos querían saltársele de sus cuencas, de que las mejillas se le abultaban hacia afuera, que las mandíbulas querían abrírsele, pero hacía enormes esfuerzos para que eso no sucediera.

Si sus mandíbulas cedían, el agua, con incontenible caudal, se metería por su garganta para inundar sus pulmones al tiempo que el aire viciado que aún guardaba en ellos saldría al exterior, burbujeante. Sus pulmones reventarían y su pecho se llenaría de agua, todo él pesaría, pesaría...

Algo le sacudió el rostro y soltó un bramido que casi fue un *kiai,* salido de lo más hondo de su *Ki*[6].

— ¿Qué, amigo, se encuentra bien?

El grito se ahogó en su garganta como si nunca lo hubiera soltado.

Quedó muy callado y pensó que el silencio era tan grande que parecía que se hubiera quedado sordo.

Los ojos le habían quedado súbitamente abiertos, tan abiertos que era como si careciera de párpados, condenado a vivir por el resto de sus días con la horrible tortura de detener los ojos siempre abiertos,

como un pez.

— ¿Se encuentra bien?

Descubrió a dos hombres frente a él. Uno vestía de marino mercante, con gorra de plato con visera que mostraba la graduación de capitán. El otro vestía simplemente un jersey de lana oscuro. Fue éste el que habló en segundo lugar.

—Recibió un duro golpe en la cabeza.

— ¿Quiénes son, dónde estoy?

El capitán miró al otro y después a Juanito Chancleta.

—Soy el capitán Fermary y está usted a bordo de mi barco que se dirige a los bancos bacaladeros del Báltico. Este es Mirror, el sanitario de a bordo; no llega a *doc,* pero para nosotros como si lo fuera, nos ha sacado de muchos apuros.

—No comprendo nada —dijo Chancleta, tratando de incorporarse.

Entonces sintió un fuerte dolor en su occipucio y Mirror volvió a empujarle suavemente hacia atrás, tendiéndole en el catre de la pequeña enfermería de a bordo.

—Tendrán que radiografiarle el cráneo en el hospital, le han dado un durísimo golpe o se lo dio al caer contra algún lugar.

— ¿Tuvo una pelea con alguna banda de los barrios de Manhattan?

— ¿Pelea? No sé, no recuerdo —respondió, ahora amarillo de dolor.

Había cobrado desagradable conciencia de que tenía la testa algo tocada.

—Amigo, le descubrimos flotando en el estuario y con un gancho lo izamos a bordo. ¿No recuerda nada?

—No.

—Podría ser amnesia temporal —opinó Mirror, el sanitario.

— ¿Amnesia, tengo amnesia? —inquirió el puertorriqueño.

—Podría ser. ¿Recuerda quién es?

— ¿Quién, yo?

—Sí —insistió ahora el capitán Fermary.

—Pues, pues...

Parpadeó y sintió alivio al hacerlo, mas la nuca le dolía como si rítmicamente le asestaran mazazos.

El sanitario dijo:

—Parece que sí tiene amnesia.

— ¿Soy marino?

—No lo sabemos, no llevaba documentación encima —le respondió el capitán.

—El barco lleva rumbo a los bacaladeros del Báltico, pero usted no irá tan lejos.

— ¿Qué sucederá conmigo, entonces?

—Le pescamos en la jurisdicción de New York y a ella le entregaremos, a menos...

— ¿A menos qué?

—Que quiera ser marino y se venga con nosotros a la pesca del bacalao. A bordo siempre hay alguna plaza. Es usted pequeño, pero parece fuerte y en ocasiones, dentro de un barco, hace falta alguien pequeño porque puede meterse por lugares donde los de gran tamaño no caben.

— ¿Y eso de pescar el bacalao es divertido?

Mirror y el capitán se miraron, sonrieron y el capitán se encogió de hombros.

—Algunos lo consideran divertido, otros no; pero será mejor que no venga con nosotros si no entiende una palabra de pesca.

—Pues, no lo sé.

—Es posible que sus familiares le hayan dado por desaparecido.

— ¿Mis familiares?

— ¿No recuerda tener familia?

—No recuerdo nada, sólo sé que me estaba ahogando.

—Eso es una pesadilla. Tuvo usted suerte, cayó al agua y se hundió. Al salir, quedó flotando como un muerto boca arriba. Como no había oleaje, el agua no le ha entrado por la boca. Si llega a salir del estuario y se mete en el océano, habría sido diferente. El oleaje es más fuerte y también habría servido de festín a los tiburones.

—Hemos avisado al servicio de guardacostas —dijo Mirror, mirándole a los ojos para ver si los extraviaba, lo que podía ser indicio de una perturbación más seria en el cerebro del puertorriqueño.

— ¿Qué sucederá conmigo?

—El servicio de guardacostas ya está avisado. Por la mañana debemos de volver a llamar y si todo va bien, vendrán por usted para llevarlo a un hospital de New York.

—Pero ¿estoy en New York?

—Será mejor que descanse. Cuando se recupere en el hospital ya recordará más cosas, ahora no creo que saquemos nada en claro. Piense que le estamos ayudando y que se ha salvado de morir ahogado.

El capitán le saludó tocándose la visera de la gorra y se marchó.

—Le pondré un transistor con un poco de música suave. No duerma, volvería a tener pesadillas —le dijo Mirror—. ¿Qué le parece un café doble y un poco de whisky?

—Lo que usted diga.

—Bien, pues ahora se lo va a tomar y se sentirá mejor. Su ropa se está secando.

— ¿Mi ropa? ¡Ah, sí! —dijo, viendo que estaba desnudo bajo

una manta de lana blanca.

—Por suerte, no tiene más heridas que la de la cabeza y si no llega a ser por el chichón que le ha salido, no se la habríamos descubierto. Quedó bien remojado en el agua —dijo el sanitario que parecía tener mucha experiencia de navegación—. No crea que su caso es raro, amigo, se suelen encontrar muchos cuerpos flotando en el estuario de New York. Vive demasiada gente en esa ciudad del diablo... Es como un gran racimo de uva, algunos granos se desprenden, caen y luego se pudren. Esos son los cuerpos que se pescan en el estuario. Algunos ya no se llegan a encontrar nunca y la mayoría de los que pescan están ya muertos. Se sorprendería si supiera los que aparecen totalmente desnudos, hombres y mujeres y ya nadie logra identificarlos jamás. Es curioso como un hombre en el agua se quita la ropa o se la arranca el oleaje, siempre ha sido un misterio para mí cómo los cuerpos que quedan flotando a la deriva se van desnudando. ¿Llevaba usted chaqueta?

—No lo sé.

—Sí, claro, no sabe nada. Vamos, tome un trago de whisky, para empezar le sentará bien.

Cuando comenzó la amanecida y en el horizonte del océano, por delante de la proa del barco pesquero, se extendió una línea anaranjada, preludiando el nacimiento de un nuevo día, entró el capitán Fermary en la enfermería.

Con él iba el sanitario Mirror que traía un paquete de ropa.

—Vístase, nos hemos puesto en contacto por radio con el servicio de guardacostas y ya viene por usted.

—Lo que usted diga, capitán, les debo la vida.

—Los marinos no damos las gracias porque nos salven la vida; hoy por ti, mañana por mí. Todos estamos expuestos a caer al mar, lo que pocos tienen su suerte, amigo, que se le ha podido pescar con vida. Si es católico, vaya a la catedral de San Patricio y póngale una vela a algún santo; su salvación ha sido un milagro.

Una hora más tarde, estaban en cubierta, bajo un cielo gris claro que aún no se había vuelto azul porque había bruma. Por el horizonte apareció algo que se acercaba.

— ¡Allí, allí viene, capitán! —indicó uno de los marinos.

Un helicóptero del servicio de guardacostas se aproximó al barco.

El capitán en persona se puso en contacto por radio con los del aparato que se situó sobre la nave, moviéndose al mismo compás que ésta. Se abrió una trampilla y por debajo del helicóptero comenzó a descender un cable con unos atalajes enganchados.

— ¡Vamos, amigos, hay que izar al recién nacido! —exclamó Mirror.

Juanito Chancleta les dejó hacer. No se acordaba de nada y tampoco sabía qué estaba pasando con él. Le pusieron los atalajes alrededor del pecho y por la entrepierna.

— ¡Cuidado, no lo vayamos a estropear! —se rió uno de los marinos.

—Ya que se ha salvado, que no se pase llorando lo que le queda de vida.

Hubo carcajadas, palmeos y estrechamientos de manos.

El cable haló de él y se sintió izado en el aire. Sus pies dejaron de tocar el barco que le había rescatado del mar y, poco a poco, lo vio más y más pequeño, alejándose por debajo de sus pies cuando todavía alcanzaba a ver las manos de los marinos que le saludaban deseándole suerte.

Correspondió de la misma manera, también Chancleta les deseaba suerte.

De pronto, .su cabeza se introdujo por la trampilla, dentro del helicóptero que giró en el aire y regresó a la gran megápolis, la ciudad del diablo como la había llamado el marino que se alejaba de ella para enfrentarse con el mar.

CAPÍTULO VIII

—Llene el depósito —ordenó con voz metálica Moses P. Savage tras detener el “Mercedes Benz” en una gasolinera, ya lejos de New York, por la autopista del Sur.

Cuando el depósito estuvo repleto de carburante, Savage pidió:

— ¿Puede venderme una goma?

— ¿Una goma, para qué? —preguntó el empleado del surtidor.

—Por si me quedo sin gasolina, he de hacer un viaje largo. Bueno, cinco dólares por un pedazo de goma y un bidoncito, aunque sea de plástico, me sirve.

—Sí, claro, cómo no.

Le vendió lo que Savage pidió y el *free-lance* pisó de nuevo el acelerador, rodando hacia el Sur. Estaba muy grave y no hablaba. A su lado, Uhla le preguntó, preocupada:

— ¿Adónde vamos? ¿Puedo saberlo?

—Sí —hizo una ligera pausa—. Vamos a la playa, a un lugar solitario, si no te importa.

—No, claro que no, lo que tú digas. Creí que teníamos que ir a la Morgue.

—Iremos por la mañana, quizá antes del amanecer. Ahora tengo algo muy importante que hacer.

Uhla pensó que no debía turbar el silencio de Savage. El trágico fin de la muchacha *budoka* le había afectado profundamente, era como si se sintiera responsable de su muerte.

Salieron de la autopista para pasar a una carretera de condado. Descendieron por una pista forestal que bajaba junto a un acantilado hacia la playa, un lugar donde abundaban las rocas rodeadas de arena.

Había vegetación seca y baja. Savage detuvo el automóvil y apagó las luces. Uhla le miró de reojo. Mientras abría la portezuela, Savage dijo:

—Puedes esperar aquí, si lo deseas.

El hombre se apeó del coche y anduvo hacia los arbustos y ramas secas, recogiendo cuanto pudo, como si se dispusiera a encender una fogata.

Escogió un lugar y allí depositó la leña. Fue a por más y así varias veces hasta que consideró que tenía suficiente. Buscó tres piedras grandes que puso verticales, medio hundiéndolas en la arena para darles estabilidad.

Se acercó al coche y quitó el tapacubos de una de las ruedas. Colocó luego el tapacubos sobre las piedras, a modo de recipiente y metió la leña debajo hasta que preparó una respetable fogata. Regresó al coche, junto al cual aguardaba Uhla.

— ¿Puedo ayudarte?

—No hace falta.

— ¿Vas a hacer una ceremonia, Savage? —preguntó, con gravedad.

—Sí, te ruego que la respetes.

—Quiero ayudarte. Savage, déjame que lo haga.

—Está bien, recoge más leña si puedes. Hará falta bastante.

—De acuerdo.

Mientras, Savage destapó el depósito de gasolina del “Mercedes” y con la goma succionó haciendo sifón. Así, extrajo un galón de gasolina. Volvió a cerrar el depósito y llevó la goma y el bidoncito hasta el túmulo que preparaba. Puso la goma con la leña para que se quemara.

Hizo otro viaje hasta el coche y sacó el maletín fin de semana. Regresó a la fogata y despacio, con el máximo de respeto de que era capaz, extrajo la cabeza de Vanessa, el macabro regalo que le habían hecho.

La joven tenía los ojos cerrados y un rictus de dolor en su rostro. Estaba enteramente manchada de sangre.

Colocó la cabeza sobre el tapacubos y comenzó a rociarla con gasolina, haciendo que empapara bien y que el propio tapacubos del “Mercedes” se llenara de combustible. La gasolina desbordó, cayendo sobre la madera y mojando las rocas que actuaban de sostén.

Savage se desnudó el torso hasta la cintura y se arrodilló frente al improvisado túmulo.

Musitó unas palabras, como si estuviera orando. Raspó un fósforo y lo lanzó a la fogata que se incendió con una pequeña explosión.

Uhla se volvió, viendo las llamas que se alzaban hacia el cielo, altas y violentas, como movidas por un espíritu presente.

Cargada con la leña que había recogido, se acercó. Vio la cabeza de Vanessa envuelta en llamas y no le pareció una cosa tan horrible como en principio pudiera suponer.

Miró a Savage que se había sentado sobre sus propias piernas, al estilo japonés. Tenía los ojos cerrados pero no del todo; había entrado en profunda meditación, encarado con los restos humanos que se incineraban mientras las llamas iluminaban su torso, sus brazos viriles y nervudos, su rostro noble.

Uhla depositó su carga de leña en el suelo y fue a por más, dejando que Savage siguiera en la meditación. Hizo varios viajes con leña y luego se situó junto a la fogata mientras las olas atlánticas batían no lejos de donde estaban, contra la playa, la arena y las rocas.

Semejó una sacerdotisa que hubiera regresado del pasado para participar en aquella ceremonia funeraria improvisada en la playa.

Alimentó la hoguera de forma continua, sin estorbar lo más

mínimo al hombre.

Ella, mejor que otras mujeres, comprendía aquel momento. Su sangre africana le hacía comprenderlo.

De pronto, escuchó unos crujidos que nada tenían que ver con la fogata. Al volver la cabeza, le pareció descubrir una sombra que se desplazaba.

— ¡Savage, Savage!

—Quieta, sigue alimentando el fuego, ya lo he oído —respondió él en tono bajo, profundo, sin moverse.

—Savage, estamos rodeados, creo que hay varios hombres.

—Lo sé, y no son de la policía.

— ¿Cómo lo sabes, si no has mirado?

—La policía habría dado voces y mostrado luces. Permanece quieta y deja que se acerquen.

Uhla estaba muy inquieta pero decidid obedecer a Savage. Se desabrochó la blusa y abrió totalmente su falda, liberando sus extremidades de forma que si tenía que luchar nada la estorbara.

Al fin, haciendo ruido al pisar la arena, aparecieron cuatro hombres, todos ellos encapuchados, mientras la fogata continuaba ardiendo, incinerando la cabeza de Vanessa.

— ¡Savage, estás rodeado, será mejor que te entregues!

M. P. Savage se levantó despacio. Su figura quedó recortada por la luz que despedían las llamas. Parecía alto, casi un dios, y sus ojos intensamente verdes se abrieron para mirar a los cuatro encapuchados. Uno de ellos empuñaba una pistola con la que le estaba apuntando.

— ¿Qué queréis?

—Que no opongáis resistencia, os llevaremos con nosotros.

— ¿Adónde?

—Tú no eres quien debe hacer preguntas.

—Mirad, mirad esa hoguera...

—Déjate de tonterías, Savage, pon las manos en la nuca —le ordenó el que llevaba la pistola.

—En esa fogata se está incinerando la cabeza de Vanessa, una joven pura y hermosa, una *budoka* de Liberty Garden. Yo llevaré las pocas cenizas que queden dentro del tapacubos hasta Liberty Garden.

—Eso queda muy romántico, Savage, pero tenemos prisa.

—Entonces, ¿a qué esperáis?

Levantó sus manos y las puso sobre su nuca. Uhla le miró incrédula y algo decepcionada, pero, lentamente, le imitó llevándose las manos a la nuca.

—Eso está bien, hay que saber perder. Un *budoka* por bueno que sea, jamás puede nada contra una pistola. —Miró a uno de sus hombres y le ordenó—: ¡Átalos!

El encapuchado que había recibido la orden se acercó a Savage. De súbito, Savage lanzó uno de sus *kiai* silenciosos pero aterradores y se abalanzó sobre el encapuchado que llevaba las cuerdas.

Este, sin poder reaccionar, se vio atacado, elevado en el aire y volteado. Cayó sobre el que llevaba la pistola que, sorprendido, haló del gatillo, metiéndole el balazo a su compañero, mientras caía sobre él.

— ¡A ellos, Uhla!

— ¡Sí, Savage, a ellos! *¡Kiaiiii!*

La joven mulata se lanzó hacia delante y con su pie proyectó un *yoko-geri* que el atacado acusó, pero supo devolverlo demostrando que también era un *budoka.*

Savage aplicó un talonazo sobre la mano armada del que estaba en el suelo, con el cuerpo agujereado del compañero encima. Se escuchó un grito de dolor y el arma se desprendió de sus dedos.

El cuarto encapuchado saltó sobre Savage. Este le hizo proseguir su vuelo con una defensa de *Kung-Fu* que lo desplazó en el aire.

— ¡Agggggh!

Se escuchó un tétrico chasquido. Un cráneo se estrelló contra una roca, partiéndose como una enorme fruta madura.

El que peleaba con Uhla, en una lucha feroz, al ver lo que sucedía a sus compañeros, dio media vuelta intentando huir.

— ¡Savage, se escapa!

— ¡Tú sujeta al que queda aquí! —gritó Savage señalando al que, en principio, les había apuntado con el arma.

El se lanzó pendiente arriba en persecución del encapuchado fugitivo.

Aquel tipo no era torpe, poseía muchas facultades físicas. Logró llegar a lo alto y allí saltó al interior de un gran “Lincoln Continental” sedán que debían haber empleado para seguirles hasta aquel lugar.

Jadeando, dio a la llave de contacto, encendiendo los faros.

Savage apareció ante él con los brazos abiertos y el torso desnudo. El encapuchado pisó el acelerador a fondo para arrollarlo.

Ya creía haberlo conseguido cuando Savage brincó hacia lo alto, saltando sobre el capó del coche. Lanzó un talonazo contra el cristal parabrisas que se astilló, haciéndose totalmente opaco.

Sin dejar de moverse, pues todo él era una acción continuada, Savage saltó sobre el techo del larguísimo “Lincoln Continental” que tenía seis metros de longitud.

Hizo una voltereta completa, cayó sobre el maletero y de allí saltó al asfalto mientras el encapuchado, sin ver nada, salía volando con el automóvil por el acantilado.

Cayó en picado entre las rocas, se produjo una explosión y el coche quedó envuelto en llamas.

Savage lo vio desde la carretera y después desvió sus ojos hacia la pequeña fogata funeraria que seguía ardiendo. Allí estaba Uhla, luchando con el hombre que había quedado y al que Savage había quitado su pistola.

Se precipitó pendiente abajo y como un felino, saltó sobre una roca que quedaba por encima de los luchadores.

— *¡Kiai!*

Se desplazó por el aire, retorciéndose, como poseedor de la facultad de volar y se escuchó un chasquido terrible.

El encapuchado se llevó las manos al rostro y cayó hacia atrás.

Uhla estaba jadeante y terriblemente hermosa en su casi desnudez, provocada por la lucha.

—Todo ha terminado, Uhla, pero hemos de apresurarnos, la policía vendrá por aquí.

—Si querían matarnos, ¿por qué no lo han hecho?

—No querían matarnos. Ellos pretendían llevarme hasta donde están secuestradas las otras muchachas y allí, delante de ellas, hacerme chantaje. Si no decía dónde estaba Liberty Garden, irían torturando a las chicas y asesinándolas después.

Se acercó a uno de los caídos. Le agarró la capucha y de un tirón se la quitó. Tenía la cabeza abierta y el rostro ensangrentado. Estaba muerto como los otros.

— ¿Le conoces? —preguntó a Uhla.

—Sí, es uno de los *budokas* de Nascent Sun.

— ¿Nascent Sun?

—Sí, un gimnasio para hombres donde practican las artes marciales orientales. En ocasiones, ellos vienen al Spirit Japan's House y tenemos combates mixtos para estar más a punto.

Le quitó la capucha a otro y preguntó:

— ¿Y a éste?

—Sí, también es uno de ellos.

—Entonces, ya no cabe duda, sabemos adónde debemos dirigirnos.

Miró el tapacubos que seguía en el fuego y que había llegado a ponerse rojo por la alta temperatura alcanzada. Sobre él estaban los restos humanos óseos.

Con un palo, Savage golpeó ligeramente la calavera y ésta se deshizo al estar ya totalmente deshidratada e incinerada. Tomó otros dos palos y con ellos quitó el tapacubos de la fogata. Lo llevó hasta donde el agua del océano lamía la arena y allí lo depositó con exquisito cuidado para que se enfriara. Salió vapor del agua y después, nada.

— ¿Tienes un pañuelo grande?

—Sí —dijo Uhla, regresando al coche.

Aún no había aparecido la policía. El fuego del automóvil siniestro no debía haber sido descubierto, quizá porque aquel lugar quedaba muy alejado de las carreteras generales.

Savage tocó las cenizas y notó que estaban calientes, pero no para quemar.

Las volcó en el pañuelo amarillo de Uhla y después lo anudó cuidadosamente.

—Recojamos lo que es nuestro y vámonos.

Poco después, el “Mercedes” deportivo se alejaba a toda velocidad de aquel lugar, Sin dejar nada que pudiera descubrir a Savage o a Uhla.

CAPÍTULO IX

— ¿No vamos a la Morgue?

Savage, sin mirar a Uhla, respondió:

—No es necesario; ya sabemos que esos tipos han salido del gimnasio Nascenf Sun. Tú me guiarás.

—Como quieras.

Savage la miró y preguntó:

— ¿Quieres que vayamos a buscar ropa para ti?

—No, no hace falta por ahora, con abrochar unos botones bastará —dijo mirando de ajustarse la ropa como pudo.

Guiado por Uhla, arribó frente al gimnasio. Todas sus luces estaban apagadas, lo mismo que los comercios y locales vecinos.

— ¿No habrá nadie?

—Quizá todos estaban en la playa.

—Las muchachas han de estar en algún lugar.

— ¿No será mejor que llamemos a la policía?

—Llamaré a la policía en el momento justo. Ahora, ¿qué les iba a decir?

Salió del coche, se acercó a la puerta y trató de abrirla, pero ésta no cedió. Llamó al timbre y no se oyó nada.

—No hay nadie —dijo Savage a Uhla, acercándose a la ventanilla del coche.

— ¿Estás seguro?

—No hay corriente eléctrica; sin embargo, entraré a ver qué hay.

— ¿Cómo lo harás?

Savage se volvió de espaldas y lanzando hacia atrás su pie, con el talón golpeó fuertemente contra la puerta, a la altura de la cerradura.

Se escuchó un crujido y la puerta se abrió. La madera de la jamba se había astillado. El golpe, lo mismo que el ruido, había sido seco.

Savage se adentró en el gimnasio totalmente a oscuras. Uhla entró detrás.

Savage accionó el interruptor eléctrico central y se encendieron las luces. Aparecieron los grandes *tatamis* donde se practicaban las Artes Marciales y podían desplazarse, si se deseaba tener el suelo con parquet.

—No hay nadie —dijo Uhla.

— ¿Habrá sótano?

—No lo sé, sólo he estado dos veces aquí, precisamente una con Sumie.

No había nada extraño allí y Savage se sintió decepcionado. Suspiró.

—Ya ves, si hubiéramos llamado a la policía habríamos dado un patinazo y además, nos habrían podido acusar de allanamiento de morada. Hemos violentado la cerradura.

En aquel momento, el teléfono que había en la pequeña oficina sonó insistente. Ambos se miraron y el hombre avanzó hacia el teléfono que tenía adherida una *cassette* para grabar las llamadas.

Savage, dándose cuenta de ello, pulsó las teclas correspondientes y después descolgó el auricular con naturalidad.

— ¿Sí?

— ¡Al fin! ¡He estado llamando hace mucho rato! ¿Habéis podido capturarlo?

—Sí.

Hubo una ligera indecisión al otro lado del hilo.

— ¿Quién eres tú?

—Savage.

Al otro lado de la línea, vacilaron; luego se cortó la comunicación.

Savage colgó el auricular, rebobinó la *cassette* y pasó de nuevo la grabación haciéndosela oír a Uhla.

— ¿Conoces esta voz?

—Es Mikedo.

—Eso he supuesto yo.

Quitó la *cassette,* guardándosela en el bolsillo. Limpió los lugares donde podía haber dejado huellas y dijo: —Vamos.

* * *

La capitán Colbert, muy preocupada por Ricky, en aquellos momentos se hallaba en el hospital, interesándose por la evolución post-operatoria y aguardaba a que estudiaran las constantes del gigante japonés. Al fin, el médico dijo:

—Es increíble.

— ¿El qué, doctor?

—Otro no habría resistido, pero él se recupera bien. Saldrá de ésta y no todo el mundo puede decir lo mismo, después de haber recibido cinco balazos.

—Es muy fuerte, ha sido campeón de *Sumo.*

— *¿Sumo?* ¡Ah, sí! La lucha nacional japonesa, donde hay que pesar mucho para que el adversario no pueda sacarlo del círculo. Estuve de turista en el Japón y presencié un combate de *Sumo.*

En aquel momento avanzaba por el corredor el teniente Warrek, acompañado de un puertorriqueño pequeño y delgado.

—Capitán Colbert...

—Teniente... —Miró al oficial de policía y señalando al joven moreno, preguntó—: ¿Es Juanito Chancleta?

—No recuerda nada, tiene amnesia. Lo han pescado unos marinos cuando estaba a punto de ahogarse. Un helicóptero del servicio de guardacostas lo ha regresado a New York.

— ¿No recuerdas nada, Chancleta?

El pequeño puertorriqueño miró el rostro de aquella cuarentona rubia y se encogió de hombros.

—Recibió un fortísimo golpe en la nuca —aclaró Warrek—. *Doc,* tiene que revisarle el cráneo por cuenta del Estado.

—Está bien, daré las órdenes.

—Estaba con el gigante japonés cuando fueron atacados por los falsos policías —dijo la capitán Colbert.

El médico cogió a Juanito por el brazo y lo hizo entrar en la habitación de Ricky. Señalando al herido, preguntó:

— ¿Lo conoces?

—No.

—Bueno, está lleno de tubos por la nariz. En fin, puedes esperar a recobrar un poco la memoria. Te haremos una exploración.

— ¿Recobrará la memoria? —preguntó con ansiedad la capitán Colbert.

El teniente Warrek añadió:

—Es muy importante para la investigación.

—Todavía no puedo decir nada, veremos qué se puede hacer.

— ¡Capitán Colbert, capitán Colbert! —interpeló una enfermera.

—Sí, ¿qué sucede?

—La llaman al teléfono, capitán Colbert, es una llamada personal.

—Disculpe un momento, teniente, ahora estoy con usted.

Se acercó al teléfono, descolgado sobre una mesita de enfermera, y respondió:

— ¿Diga?

— ¿Capitán Colbert?

—Sí.

—Soy Savage.

— ¡Savage! ¿Qué sucede, estás bien?

—Quiero decirte algo muy importante, escúchame bien.

—Yo también, Savage; Juanito, el puertorriqueño, está vivo y bien, sólo tiene un poco de amnesia, lo han recogido unos marinos...

— ¡Gracias, es una gran noticia!

—Lo sabía, por eso deseaba comunicártela. Hace un momento

que acabo de ver a Juanito, pero no se acuerda ni de su nombre.

—Bien, ese asunto ya lo arreglaremos luego. Ahora, atiéndeme...

—Te escucho.

— ¿Conoces el Spirit Japan's House?

—Es el gimnasio de Mikedo, sus *budokas* participarán en el festival.

—Tengo sobrados motivos para pensar que las chicas secuestradas están en ese lugar.

— ¿En el gimnasio de Mikedo?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Es una historia muy larga sobre una organización de sicarios internacionales que se ha tomado mi destrucción y la de Liberty Garden como cosa personal. Son asesinos muy peligrosos. Los hombres del gimnasio de *budokas,* Nascent Sun también están involucrados en este asunto. El falso policía muerto era uno de ellos, posiblemente.

—Veré de obtener una orden de registro para el gimnasio, se lo comunicaré al teniente Warrek.

—Perfecto. Mientras buscan la orden, haré una visita a Mikedo. Quería que lo supieras para que luego no digáis que no he avisado a la policía.

— ¡Eh, Savage, espera, espera!

La comunicación se cortó. Savage había colgado el teléfono, estaba en una cabina pública frente al pequeño rascacielos donde se ubicaba la Spirit Japan's House, el santuario de la extraña, dura e inescrutable Mikedo.

CAPÍTULO X

— ¿Crees que estarán dentro?

Uhla, algo pensativa, respondió:

—No lo sé, no puedo decírtelo. Lógicamente, a estas horas debe estar cerrado, lo mismo que el Nascent Sun.

—Bien. Mikedo ha tenido que llamar desde alguna parte. ¿Conoces su apartamento?

—No.

—En ese caso, probaremos aquí primero. Deberemos tener mucho cuidado, ya sabes cómo se comportan ellos, máxime cuando tú has sido miembro de la secta.

—Desgraciadamente, lo fui y quiero olvidarlo, pero ahora que puedo, lucharé contra ellos.

—Vamos.

Se apearon del “Mercedes Benz”. Pasaron junto al *shop-center,* estaba iluminado pero cerradas sus puertas. Descendieron por la escalera que conducía a la primera subplanta. Unos letras de neón rojas, ahora apagadas, anunciaban al Spirit Japan’s House.

Se situaron frente a la puerta que se hallaba cerrada. Todo parecía vacío; no obstante, Savage señaló a Uhla con su dedo el timbre de llamada mientras él se pegaba contra la pared para no ser visto.

Uhla asintió con la cabeza y llamó. Esperó, pero como no se oía respuesta, insistió. Tuvo la impresión de que la estaban observando a través de la mirilla y al fin, se entreabrió la puerta.

—Uhla, ¿qué haces aquí a estas horas?

— ¡Sumie, abre!

— ¡No, márchate!

—Abre, Sumie, tengo que hablar contigo.

—Márchate; sé que lo sabes todo, pero la cosa no va contigo.

—Conmigo sí —dijo Savage, sorpresivamente para la oriental, apareciendo frente a la puerta.

Sumie quiso cerrar sin conseguirlo; sin embargo, la cadena de seguridad la protegía. Savage comenzó a empujar y Sumie, viendo que no conseguía cerrar y confiando que la cadena resistiría algún tiempo, corrió en busca de otra salida.

Savage cargó contra la puerta haciendo saltar los tornillos de sujeción de la cadena. La puerta se abrió violentamente.

— ¡Vamos!

— ¡Por ahí! —gritó Uhla, adivinando por donde había escapado Sumie.

Allí estaba la gran sala con los cinco *tatamis,* la tarima, la butaca y el soporte para el guacamayo, ahora vacío.

— ¡Al despacho! —gritó Uhla.

Corrieron hacia el despacho. Encendieron al luz y no vieron a nadie; sin embargo, los dos intuyeron que Sumie había huido por allí.

Savage apartó una cortina pegada contra la pared y apareció una puerta desconocida para la propia Uhla.

—Es la puerta de un ascensor. La flecha luminosa indica que está subiendo.

—No sabía que aquí hubiera un ascensor —dijo la joven.

—Parece que sube mucho. ¿Tiene Mikedo algún local más en este edificio?

—Lo ignoro.

—La única forma de averiguarlo es subiendo por el ascensor.

—Nos estarán esperando arriba.

El ascensor continuaba subiendo. Savage buscó un abrecartas en la mesa escritorio y, cuando lo tuvo, introdujo la punta en el orificio de control de puertas que se hallaba en la parte alta de la jamba metálica.

Aguardó a que la flecha se detuviera y entonces hurgó en el orificio hasta que logró hacer retroceder el tetón cerradura. Haló de la puerta y ésta cedió con facilidad, pese a no estar detrás el camarín del ascensor.

—Bueno, la cabina está arriba. Mira si hay cinta adhesiva.

—Sí, sí; aquí hay —dijo Uhla, tomándola de la mesa despacho.

—Si con un trozo de cinta adhesiva logramos que el tetón de la puerta se conserve introducido en la jamba, como si esta puerta se hallara abierta por la presencia de la cabina, desde lo alto no podrán hacer funcionar el ascensor.

Con la cinta pegaron el tetón, manteniéndolo hundido. Después, Savage dijo a la muchacha:

—Voy a subir, ahí veo una escalera de pared. No esperarán que lleguemos por el foso del ascensor.

—Yo también subo.

— ¡No, Uhla!, es muy peligroso. No se ve el ascensor, puede estar en lo alto del rascacielos y una treintena de pisos subidos por una escalera que sólo son unos hierros saliendo del hormigón, es muy duro.

—Yo no soy una mujer de las de antes, Savage. Soy una *budoka,* ¿es que lo has olvidado?

—Está bien, pero si te fallan las fuerzas, adviértemelo.

—De acuerdo. Vamos arriba.

Pasaron a la escalera de pared y comenzaron a trepar, sumiéndose en la oscuridad. Allí no había luz alguna. Subían a tientas; evitando tocar las guías de acero y los cables, todo ello engrasado para el buen funcionamiento habitual del elevador.

Ambos sabían que no podían hacer ningún ruido y tampoco hablar. El foso del ascensor actuaba como tubo acústico y cualquier ruido que ellos hicieran se oiría arriba claramente.

Uno tras otro, ascendieron los peldaños de acero, consistentes en un trozo de tubo que se hundía por sus dos extremos en el muro de hormigón tras formar dos ángulos rectos; más sencillos no podían ser.

Savage escaló los peldaños sin prisa, teniendo en cuenta que Uhla le seguía.

Aquella prueba física resultaba muy dura y si un músculo de los brazos fallaba, si sufrían un calambre, la caída sería forzosamente mortal.

Uhla subió sin hacer paradas, demostrando un perfecto vigor físico.

Al fin, llegaron hasta la cabina que actuó de techo. Tal como estaba previsto para una salida de emergencia, los peldaños pasaban junto a la pared de la cabina y un cuerpo humano cabía muy justo, pero pasaba.

Rebasaron el camarín, se colocaron en el techo del mismo y levantaron la tapa. Miraron hacia el interior de la cabina. Estaba vacía, y la puerta que daba a aquella planta, cerrada.

—No se han percatado de nada —le dijo Savage, con un susurro.

Se descolgó al interior de la cabina y ayudó a hacer lo mismo a Uhla.

Cuando quedaron dentro de la cabina, abrieron despacio la puerta del ascensor, pasando a la planta ático del pequeño rascacielos.

— ¿Qué hacemos, Mikedo? —le preguntaba Sumie muy nerviosa; sin percatarse de la presencia de Uhla y Savage, ya cerca de la puerta que daba a aquel *dojo,* en las alturas.

—Hemos de dar una severa lección a ese Savage. Recibí el encargo de averiguar dónde estaba Liberty Garden y exterminarle a él, y lo haré. Mikedo jamás ha dejado de cumplir un trabajo.

—Pero ¿y Liberty Garden, quién lo destruirá?

—Otros, yo sólo soy un brazo de la secta, pero, hablemos de Savage…

Topinaga preguntó:

— ¿Vamos a buscarle?

— ¡Hola, hola, hola, hola! —comenzó a gritar de improviso el gran guacamayo rojo que estaba encima de un soporte que se hallaba en la tarima que presidía el gran *tatami.*

Como si el ave prensora hubiera sido la alarma, se volvieron

hacia la puerta del fondo, descubriendo a Savage y a Uhla.

— ¡Hola, Mikedo, volvemos a vernos! —le dijo Savage.

Al prolongar la mirada de sus ojos verdes hacia el final de la sala, descubrió a las tres muchachas *budokas* encadenadas a la pared pero derrumbadas en el suelo, medio apoyadas contra la pared, extenuados sus cuerpos por las torturas.

—Savage —silabeó Mikedo, saliéndole la rabia de lo más hondo de su cuerpo.

Sin embargo, se sentía segura, no estaba sola. La acompañaba Yukuchi, Sumie, Topinaga y dos de sus mejores *budokas* masculinos. Eran seis contra dos.

—Al fin he llegado hasta un corpúsculo de la Secta del Dragón Bicéfalo —dijo Savage—. Ahora me contarás quién es el cerebro de la organización.

Mikedo, que jamás sonreía, sonrió ligeramente esta vez.

—No hay sólo un cerebro. Nuestra organización es indestructible; estamos arraigados por todo el planeta. En cambio, tú morirás y tu Liberty Garden será arrasado.

—Eso no lo verán tus ojos, Mikedo. La policía ya viene hacia aquí, estáis descubiertos y vas a hablar. Dirás quiénes os pagan y quiénes son, como tú, en la organización de asesinos más importante del planeta.

— ¿La policía? —replicó Mikedo, desafiante.

—Ya lo creo que sí, Mikedo. Después de hablar contigo desde el Nascent Sun les he llamado por teléfono y vendrán hacia acá, no tenéis escapatoria.

—Mikedo, no podemos entretenernos —apremió Topinaga—. Hay que exterminarlos y hacer desaparecer pruebas, así no nos podrán acusar de nada.

—Pues, adelante, acabemos con ellos —ordenó Mikedo.

Todos se dispusieron a la lucha, mientras los ojos del gran guacamayo rojo permanecían atentos.

La desigualdad en favor de Mikedo y los suyos era muy grande, tres a uno y la propia Mikedo consideraba que ella sola podía vencer a Uhla.

Topinaga, apoyado por los otros dos *budokas,* se enfrentaron a Moses Pacific Savage que replicó al ataque saltando y moviendo sus manos en el aire.

Optó por la lucha del *Kung-Fu* en aquella ocasión y sus enemigos mezclaron el *Karate* con el *Tae Kwon Do.*

Uhla comprendió que debía esquivar, a toda costa, los mortíferos golpes de Mikedo que se había armado con un temible *yawara.* Las dos cabezas de dragón sobresalían por ambos extremos de su puño derecho. Si le alcanzaba con ellas en un golpe de maza, le rompería un

hueso y si ese hueso era del cráneo, no volvería a levantarse.

Disparó un *ashigatana* a Yukuchi, demostrando una gran agilidad al conseguir llegar con su pie en forma de espada a la oreja de la masculinoide japonesa que se tambaleó.

M. P. Savage se movía entre los tres *budokas* que le atacaban.

Uno de los asesinos lanzó su *kiai* y Savage supo desviar toda su energía haciéndole volar. Aquel *budoka* terminó estrellándose contra la pared de hormigón.

Topinaga le alcanzó con dos *koken-uchi;* Savage no se dobló ante los contundentes impactos que le hicieron tambalear.

El otro *budoka* quiso rematar la situación, mas no lo consiguió, encajando por su parte un durísimo golpe que Savage le aplicó en el cuello. Lo dejó tendido para siempre sobre el *tatami.*

Topinaga ya no estaba ayudado por los dos *budokas.* Se vio solo ante Savage y su terrible vigor y quiso correr hacia las muchachas encadenadas, mas no lo logró.

Savage lanzó un *kiai* mudo, pero se palpó en el ambiente, electrizándolo.

Voló materialmente y con el tacón alcanzó a Topinaga en el occipucio mientras éste corría. Se fue al suelo de cabeza para no levantarse jamás.

Savage se revolvió y vio que Sumie había caído junto con Yukuchi. Uhla se estaba empleando a fondo.

— ¡“Vermelho”, mata; “Vermelho”, mata! —gritó Mikedo, señalando a Savage.

La gran ave prensora, lanzando un terrible graznido que ensordecía, se lanzó en vuelo, aleteando con su plumaje rojo sobre Savage, el cual, al verla venir, comprendió que debía cuidar sus ojos y el cuello.

Savage lanzó el canto de su mano, de forma tan efectiva, que dio en el cuello del guacamayo cuando éste retorcía su pico para cogerle la mano. Más, ya no ejerció presión; cayó al suelo, sacudiendo sus alas, herido de muerte.

Mikedo ya estaba sola y se vio perdida, pese a ser una experta en las Artes Marciales, a estar armada con el *yawara* y pese a que lo mismo Uhla que Savage estaban algo tocados por los golpes recibidos. Comprendió que no conseguiría ganar aquel último combate.

— *¡Kiaiii!* —rugió, llenando toda la sala con su grito.

Los cristales temblaron mientras el guacamayo quedaba yerto, ya sin vida.

Mikedo se lanzó en el más puro salto de *Tae Kwon Do* y lo hizo contra uno de los cristales de las grandes ventanas.

Con el talón, hizo estallar la cristalera. Desapareció por el agujero al tiempo que los cristales saltaban en todas direcciones.

Mikedo salió volando en su último y más espectacular salto de *Tae Kwon Do.*

* * *

En el Festival de Artes Marciales Orientales para féminas, patrocinado por la Agrupación de Agentes Policiales Femeninos Norteamericanos, Uhla participó como *karateka* pero en el equipo presentado por Liberty Garden.

Venció, ofreciendo una fabulosa demostración de su depurado estilo. También ganaron sus respectivos combates Françoise, Korai y Adelaida, totalmente recuperadas de la tortura eléctrica a que las sometieran.

—Gracias, Savage —le dijo la capitán Colbert—. El festival ha sido un completo éxito, lástima lo que sucedió con Vanessa.

—Sí, lástima —admitió Savage— pero ya no tiene remedio.

—Te doy mi palabra de que la policía norteamericana seguirá investigando sobre esa organización de asesinos a sueldo internacional que tú llamas la Secta del Dragón Bicéfalo; pero el teniente Warrek opina que el cerebro era Mikedo y desaparecida ella, todo ha terminado; murió al lanzarse desde el ático del rascacielos.

Savage no quiso contradecirla, pero él pensaba que en otros lugares del mundo, los sicarios de la secta le estarían acechando para tratar de darle muerte.

La organización no terminaba con la muerte de una persona. En realidad, la secta representaba a los hombres y mujeres que por dinero eran capaces de matar a un semejante. Y siempre habría cantidad de aquellos seres como para que los cobardes que tenían dinero no necesitaran dar la cara para matar; les bastaba pagar para que otros corrieran con los riesgos.

La avioneta a reacción, con las cortinillas laterales corridas, voló sobre Liberty Garden.

A bordo viajaba Juanito Chancleta; había recobrado la memoria, pero, por recomendación de los neurólogos, precisaba de descanso. También viajaba Ricky que se recuperaba de sus múltiples heridas de las que había salido bien librado gracias a su gigantismo.

Uhla sentía brillar sus ojos por la confianza que .Savage había depositado en ella al llevarla al mismísimo santuario de los *budokas,* donde pasaría algún tiempo junto a Savage que le había prometido explicarle todo acerca de Liberty Garden. Si la joven lo deseaba, pasaría a formar parte de los educandos para mentalizarse como los otros *budokas.*

A la amanecida del día siguiente a la arribada de la *Piper Jet,* cuando el sol rojo nacía por Oriente, todos los miembros de Liberty Garden se pusieron en pie e inclinaron la cabeza en señal de respeto

mientras la campana del Templo de las Meditaciones doblaba a muerto.

Meses Pacific Savage, vestido con su *judogi* color violeta, con la flor del pensamiento en oro en su espalda, subió al gran *tatami* del *dojo* principal en el que estaba bordada la efímera flor del cerezo.

Abrió un pañuelo amarillo y comenzó a sacar con sus dedos las cenizas de Vanessa, esparciéndolas sobre el *tatami* mientras el sol ascendía como una gran bola de fuego.

Algo había muerto, pero algo seguía vivo.

Un grupo de palomas blancas aletearon, emprendiendo el vuelo todas unidas, todas juntas como los miembros de Liberty Garden que rendían el homenaje póstumo a la muchacha asesinada.

—Hermanos, subid todos al gran *tatami* y pisadlo con los pies desnudos. Impregnémonos de las cenizas de Vanessa; así ella estará siempre con nosotros —dijo Savage con voz firme, pero cargada de emoción.

Todos pisaron con los pies desnudos las cenizas como para absorberlas a través de su piel.

Uhla se colocó al lado de Savage, buscó su mano y, al encontrarla, la estrechó fuerte, muy fuerte.

FIN

Notas

[←1]

Maestro

[←2]

Nombre de los ideogramas japoneses.

[←3]

Do, vía o camino para llevar a la perfección.



Zatandia es un país imaginario de Centro África; en él, en la novela **De Regalo y de Pago,** M. P. Savage-3, Uhla tenía una aventura con Savage.

[←5]

El **yawara** es una pequeña arma de madera, corta. Ocupa prácticamente el puño, saliendo los extremos por cada lado del mismo. Dichos extremos, en este caso, son dos cabezas de dragón. Un karateka, manejando este arma aparentemente inofensiva, mata con facilidad, ya que aplica los golpes de karate Con el puño reforzados por el **yawara,** lo que le da una contundencia letal.

[←6]

Energía vital.